



número

AÑO 1 Nº 1
MONTEVIDEO
MARZO - ABRIL - 1949

LIBROS FRANCESES

Raison et Raisons. Jacques Maritain	4,32
Schiller. Charles Simond ..	0,40
Histoire de la Peinture Italienne. Le Roy	9,28
Chopin et son époque. Leclercq	6,60
Histoire Sainte. Daniel Rops. "	4,—
Le Nu dans l'Art. Richer ..	5,04
Eléments d'Anatomie de l'Homme. Richer	4,48
Morphologie: La Femme. Richer	8,40
L'Épée de Feu. Daniel Rops. "	10,08
Les Fruits Mûrs. E. Le Maire	2,40
La Tour L'Ezra. A. Koestler "	4,32
Vestiges. Paul Géraudy "	2,16

Y MUCHOS OTROS TITULOS
DE GRAN INTERES

Se envían contra reembolso

DISTRIBUIDORA URUGUAYA
DE EDICIONES

Médanos, 1410 Tel. 42932

DONACION.

LIBRERIA

PAPACITO

PLAZA

INDEPENDENCIA,

8 1 4

TELÉFONO 8 28 72

MONTEVIDEO

Va en este "NUMERO"
QUE POR PRIMERA VEZ
la luz ve en nuestra generosa,
sublime y majestuosa tierra,
con la bondad del sauce,
la viril esplendidez del ceibo
y la fortaleza del tala,
NUESTRO franco agradecimiento
a todos que por distintos motivos
han colaborado al éxito y
engrandecimiento de esta vuestra casa
que siempre estará alerta
como un centinela para proveer e
informar de libros de alta cultura
técnicos-científicos.
Le informaremos del libro
que no encuentre en las librerías.
Para su comodidad. OBTENGA UN
CREDITO

EDITORIAL CENTRAL

1587 - URUGUAY - 1589

TEL. 40 09 54

LIBRERIA ATENEA

GONZALEZ RUIZ & Cía.



LIBROS DE

ARTE, CIENTÍFICOS, LITERARIOS Y TÉCNICOS,
ANTIGUOS, RAROS Y AGOTADOS.
CANJE, VENTA Y COMPRA DE LIBROS USADOS.
TEXTOS UNIVERSITARIOS

COLONIA, 1263
casi esquina Yí

TELEF. 8-32-00
Montevideo

RESERVADO

Librería de Salamanca

"Un paisaje de la cultura universal"

OFRECEMOS UN SELECTO SURTIDO
DE NOVELAS, POESIA, TEATRO,
ENSAYOS LITERARIOS, etc. EN
ESPAÑOL, INGLÉS, ITALIANO y
ALEMÁN.

CRÉDITOS EN 10 MENSUALIDADES

BTMÉ. MITRE, 1382

TEL. 9 27 49

LIBRERÍA INTERNACIONAL

SRL

URUGUAY, 1331 • TEL. 9 27 62 • MONTEVIDEO

Letras. Filosofía. Historia. Geografía. Sociología.
Ciencias políticas. Economía. Ciencia y Técnica.
Antropología. Arte y Música.
Libros infantiles. Textos.

Representación y distribución:

Fondo de Cultura Económica. Atlántida Sud-
americana. Argos. Viau-Bell. Naciones Unidas.
Unesco.

Revistas:

Cuadernos Americanos. Sur. Ciencia e Inves-
tigación. Anales del Ateneo. Boletín de las
Naciones Unidas. *Número.*

EN PROXIMOS NUMEROS

PUBLICAREMOS COLABORACIONES DE:

ENRIQUE ANDERSON IMBERT.

MANUEL A. CLAPS.

MARIO ARREGUI.

JUAN CUNHA.

LAURO AYESTARÁN.

RAIMUNDO LIDA.

JORGE LUIS BORGES.

PEDRO SALINAS.

JORGE BRUTON.

DEREK TRAVERSI.

IDEA VILARIÑO, ETC.

NUMERO

MONTEVIDEO, MARZO-ABRIL 1949

Año 1. Nº 1

SUMARIO

	PÁG.
PRÓLOGO	5
PRESENTACIÓN DE GRECIA	<i>Alfonso Reyes.</i> 6
PARA LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA: LA FILOSOFÍA DE LACHELIER Y EL NUEVO ESPIRITUALISMO	<i>José Ferrater Mora.</i> 12
TRES POEMAS	<i>Sarandy Cabrera.</i> 23
LA CRÍTICA LITERARIA EN EL SIGLO XX: EL EJEMPLO DE PEDRO SALI- NAS	<i>Emir Rodríguez Monegal.</i> 29
CRIMEN EN LA CATEDRAL (1ª parte)	<i>T. S. Eliot.</i> 43

TODOS LOS MATERIALES HAN SIDO ESCRITOS
O TRADUCIDOS ESPECIALMENTE PARA NÚMERO

Publicación bimestral. Directores: MANUEL A. CLAPS, EMIR RODRIGUEZ MONEGAL, IDEA VILARIÑO. Administrador: HECTOR D'ELIA. Calle Uruguay, 1331. Tel. 92762. Montevideo, Uruguay. Redactor responsable: EMIR RODRIGUEZ MONEGAL, calle José L. Osorio, 1179, Ap. 1. Montevideo. Se imprime en la Imp. ROSGAL, calle Ejido, 1624, Montevideo, bajo la dirección gráfica de SARANDY CABRERA. Suscripción anual, \$ 5,— m/urug. Ejemplar suelto, \$ 1,— m/urug.

EN VERDAD,
TODAS LAS COSAS QUE SE CONOCEN
POSEEN NUMERO,
PUES SIN NUMERO
NO HABRIA MODO DE ENTENDER
NI DE CONOCER
COSA ALGUNA.

FILOLAO.

PROLOGO

SI ESTAS páginas recogen con cierta insistencia textos, importantes o modestos, que enfoquen los problemas del arte y del pensamiento contemporáneos; si ellas ofrecen alguna vez un planteo que trascienda lo meramente literario o filosófico, y fijan su atención en el suceso de la hora; si ellas alternan la producción nacional y extranjera con deliberada prescindencia de nacionalismos; si ellas reiteran firmemente un doble concepto de la creación —poética e intelectual— no piense el lector que obra el azar. Hay una intención, un sentido, una actitud que vinculan esos hechos. La palabra Número —tan servicial y cotidiana— participa también, si se la piensa originalmente, de ese sentido, y expresa esa actitud.

ALFONSO REYES

PRESENTACION DE GRECIA

EL ORBE histórico al que pertenecemos es producto del genio filosófico y artístico de Grecia, completado por el genio religioso de la gente hebrea y el genio político y jurídico de la gente romana. En el origen de nuestra civilización está Grecia, y nuestra civilización ha venido extendiéndose paulatinamente por la tierra, y tiende a cubrir con su manto los vestigios de otras civilizaciones arruinadas. Si, en el peor supuesto, admitiéramos que la civilización hoy por hoy se encamina a un cambio de frente, o siquiera a un considerable desvío —y ya es mucho conceder en el actual estado de comunicación y continuidad entre los pueblos—, todavía hay que reconocer que las coordenadas de esta curva están en Grecia, y que la torsión sólo es explicable cuando a Grecia se la refiera.

Grecia está en el origen de nuestra vida, nuestro pensamiento, nuestra arquitectura lingüística, nuestros hábitos. Grecia es el embrión, pero un embrión que presenta dos singularidades casi increíbles. En primer lugar, los embriones suelen ser cosa titubeante, indecisa, para cuya justa estimación hace falta, al menos, tanta tolerancia como respeto. Aún no sabemos si evolucionarán en monstruos o en dechados. Y sucede que Grecia, en el orden filosófico y artístico, sigue siendo un término ejemplar. Todavía tenemos que seguir aprendiendo mucho en sus modelos no superados. En segundo lugar, los embriones suelen ser poco o nada orientadores. No sabemos para dónde van a crecer ni adónde nos pueden llevar. Y sucede que Grecia es ya una rosa de los vientos, una estrella náutica, un centro de rumbos definidos. Basta con prolongar sus líneas, con seguir los caminos que ella dejó trazados para cubrir la telaraña del mundo.

Aun la caridad y la necesidad de un Dios justo —en que insistirá Israel— tienen ya su sitio preparado en la mente griega. Y cuando, en la cuba materna del Egeo caigan las

urgencias emocionales de Oriente sobre los esquemas dibujados por Grecia, se irá definiendo la figura del Cristianismo en San Pablo (más tarde, en San Agustín, y todavía más tarde, en Santo Tomás). A Roma le tocó solamente prestar la fuerza de propagación y dar a la criatura el bautismo de viabilidad.

Pues la religión de Grecia dista mucho de ser mera mitología, cuentos fabulosos, historias galantes y revolcadero de dioses. La religión de Grecia tiene dos pisos. El piso superior, el más conocido y difundido por su mismo encanto literario y su comodidad simbólica —la antropo-teología olímpica en suma—, viene a ser algo como un ritual cívico muy comparable a nuestras fiestas y celebraciones nacionales. Detrás de las vistosas imágenes —a veces, verdaderos intermediarios y santos patronos— se reconoce algo universal, fatal y eterno; se implora a una fuerza superior que el espíritu humano acaba por aislar en la noción de un Dios único, omnipotente e intachable.

Por eso los filósofos griegos sólo usan del mito como alegoría expresiva —y a veces lo inventan para explicarse, como lo hizo Platón, el mayor genio religioso de Grecia—; pero quedan en libertad de reírse, cuando les place, del antropomorfismo entendido al pie de la letra, o de la imagen. Pues en Grecia no hubo dogma, ni credo articulado, ni catecismo, ni iglesia como hoy la entendemos, ni verdadero sacerdocio a la moderna. Cada padre de familia era un sacerdote, contaba con su ara doméstica; y a lo largo de los años, los meses, los días, oficiaba en una serie nutridísima de celebraciones sagradas, que ningún moderno resistiría, ni los que más y mejor cumplen con los mandamientos de la iglesia.

Tal es el piso superior de la religión griega. El piso inferior, prendido aún a la magia agrícola, a las fiestas de las estaciones, conserva y prolonga el verdadero fondo étnico de las creencias, alcanza temperatura mística en el orfismo y los llamados misterios. Pero un día el mundo griego pierde la brújula ante la ruina de los antiguos Estados-Ciudades y bajo la conquista extranjera: Macedonia, Roma. Se desconcierta entre los ensanches de los nuevos descubrimientos geográficos

cos y los nuevos pueblos y maneras que afloran a la historia. Sobreviene un desquiciamiento de la antigua economía social y cuanto ella significa. Entonces, abandonados ya los inútiles altares cívicos de antaño, sube como marea la religión del segundo piso: casi diríamos, los misterios de las catacumbas. Las aguas se mezclan con los ardientes acarreos asiáticos; proliferan las aberraciones místicas, y entre todo ello, triunfa y se define un solo misterio, el Cristianismo, herencia depurada y enriquecida, pero herencia legítima —por justa evolución histórica— del saldo que arrojan las vicisitudes religiosas de Grecia. Así lo explican sumas autoridades eclesásticas y humanísticas, sin por eso atentar a la doctrina de la Revelación. Y así, en nuestra concepción de la vida y de la muerte, del mundo y del transmundo, otra vez aparece Grecia.

Nadie ignora lo que significa el arte de Grecia, todos lo admiran, y es por ventura el aspecto más popular del riquísimo legado helénico. Lo asombroso es que en tan poco tiempo se haya llegado al arte clásico de los griegos, tras aquella oscuridad determinada por las últimas invasiones llamadas dorias; oscuridad que sólo de lejos ilumina el faro de Homero. Porque Homero es poeta arqueológico, casi equivalente a lo que hoy sería un épico que cantase la Conquista de México, mezclando elementos posteriores. Es verdad que Grecia no brotó de la nada. Cada vez que se excava más en el terreno de esa antecámara de Grecia que fué la civilización egea, en su era cretense o minoica, y en su era micénica; así como cada día se descubren con mayor nitidez los antecedentes del Asia Menor y la costa siria, que han reducido mucho la preeminencia antes concedida al solo Egipto en la preparación de Grecia. Pero también es verdad que entre aquellas vetusteces egeas y la Grecia propiamente dicha parece haberse apagado, a ojos de los mismos griegos, la luz de la historia. Al punto que ellos mismos fraguaron una ficción mitológica que hiciera veces de prehistoria. Sobre esta etapa previa sabemos hoy más que los mismos griegos antiguos. Y apenas empezamos a averiguarlo en nuestros días, gracias a la piqueta de Schliemann, de Evans. En las angustias dimensiones de este artículo, sólo cabe

usar una palabra para caracterizar el arte griego, y esa palabra es "Equilibrio".

Tampoco necesita largo comentario el significado de las letras griegas. A ellas tiene que volver todo escritor, como vuelve el campeón de golf, de cuando en cuando, a los ejercicios de la clava (o *club*), para corregirse de los vicios que va contrayendo en la ejercitación de los *links*. Acaso al constante contacto con la vida, con sus amarguras y sus goces, sus afanes y triunfos, deben los escritores griegos ese aire de salud general que hace de sus obras ejemplares eternos. Los escritores modernos, junto a ellos, parecen todos alambicados. Aquellos excelsos poetas no conocieron la torre de marfil. La vida pública se les confundía —como a todos los griegos— con la privada; participaban en la Asamblea, en el Consejo, en los Tribunales, en la guerra, y despachaban por sí sus negocios y se ocupaban en su heredad. Eurípides, por ejemplo, nos ha dejado un centenar de tragedias, ¡y de los veinte a los sesenta años tuvo que cumplir su servicio militar y participar en varias campañas!

Pero vale la pena de recordar que aquella diminuta Grecia —menor que algunos de nuestros estados federales—, parece haberse empeñado en darnos el proceso de la historia literaria en un muestrario diminuto e intenso, fácil de abarcar, tan hermoso como comprensible, al modo de un "plano-relieve" que puede ponerse en una mesa. Los géneros se suceden de una en otra época: epopeya, lírica, drama (tragedia y comedia antigua), comedia romántica, ensayo y novela. Se los puede estudiar por eras, casi aisladamente, como si los hubiera ordenado así un sumo maestro de la literatura universal, para mejor conducir la educación de los hombres. Los oradores, vinculados al desarrollo, los vaivenes y la ruina de la democracia, cuando pierden su utilidad pública se transforman en conferenciantes de salón, y van incurriendo en excesivos lujos verbales.

La historia, que brota entre las genealogías más o menos míticas y las crónicas locales, sabe conservar, al expandirse con los historiadores clásicos, una objetividad manifiesta que,

sin empañar el sentido panhelénico ni el amor a la ciudad patria, les permite decir a su pueblo sus verdades. Y tras de leerlos, nos reímos de los que pretenden que la historia no da lecciones, sean quienes fueren. Cuando menos, aquellos historiadores nos aleccionan sobre el modo de escribir la historia. Y el respeto a la libertad histórica es una de las prendas más delicadas, más inestables de las culturas: verdadera flor que dura un día, según lo sabemos los contemporáneos. Apréciase lo que era esa libertad de juicio, recordando que el comediógrafo Aristófanes, en plena lucha de la alianza ateniense contra la liga lacedemonia, se permitía censurar y poner en solfa a los demagogos que capitaneaban el partido de la guerra y aconsejaban, para sostenerla indefinidamente, seguir expoliando a las pobres islas aliadas.

La filosofía griega, la ciencia, la libre investigación, asoma entre aquellos colonos plantados por los litorales del Asia Menor, a quienes *grosso modo* podemos llamar los jonios. La insolencia de los jonios, al enfrentarse con los terrores sagrados y la mortal solemnidad de los imperios asiáticos, funda el pensamiento científico. Los babilonios aun tienen la cosmología y la astronomía prendidas con la astrología y la magia. Los griegos las emancipan. Los egipcios se contentan con fábulas religiosas y reglas de albañilería o contabilidad para tratar las inundaciones del Nilo, las reparticiones de tierras, las cuentas de las despensas faraónicas. Los insolentes helenos —que llaman “pastel” a la pirámide, “asador” al obelisco, “chisguete” a la catarata, “gorrión” al Ibis sagrado, y que inscriben con el cuchillo el nombre de su amante en los pies de los ídolos—, a nada temen, buscan las causas naturales de los fenómenos, emancipan la teoría geométrica y matemática. Ciencia y filosofía alcanzan las cumbres que todos saben, y aun hoy mismo la nueva física-matemática, las geometrías no euclidianas y la lógica dinámica y post-aristotélica necesitan constantemente dejarse caer del trapecio y reposar en el suelo griego, entre una y otra aventura atlética.

La economía griega nos deja una lección por lo menos: la agricultura casera y patriarcal produce la superpoblación.

Su misma virtud acaba por matarla. Los pueblos se lanzan a colonizar el litoral anatolio al oriente; la Italia Meridional y Sicilia al occidente (la Magna Grecia o América de los griegos); el temeroso Mar Negro o Ponto Euxino, ya tanteado por el legendario Jasón. Dos ciudades llegan tarde al festín: Esparta y Atenas. Esparta se empeña en resolver el problema conquistando y esclavizando a los vecinos, y así se acuartela entre ellos para siempre y vive en un rigor bélico exagerado que detiene su evolución social y política. Atenas inventa el comercio de exportación y las artes que de él proceden, crea la marina y, para dar entrada a las nuevas clases artesanas, inventa la democracia.

La historia griega, en conjunto, también nos deja una enseñanza. Aquellas patrias chicas, Estados-Ciudades, aunque en discordias continuas, dan un libre juego a la mente y la acción del hombre, lo que se ofusca visiblemente cuando ellas desaparecen. No logran realizar la unidad, sino bajo la conquista extranjera. Aristóteles, mente griega, no entiende aquel sueño de un gobierno total a que se lanza su discípulo Alejandro el Macedonio, poeta armado. También a los ojos de Nietzsche los enormes estados contemporáneos resultan monstruosidades bárbaras comparados con las ciudades griegas. Cuando algunas de éstas se empeñan en realizar la hegemonía, caen en espantosas rivalidades y fracasan. La disputa entre Esparta y Atenas es el comienzo del fin. El imperio ateniense corroe para siempre la democracia de los buenos tiempos. El triunfo de la liga lacedemonia conducida por Esparta —la cual no estaba preparada para cosecharlo, por falta de verdadero sentido político— acarrea a la larga la ruina de Grecia. Tucídides tenía razón: la Guerra Peloponesia era una guerra trascendental; no sólo acontecía en un rincón de la tierra, sino en el espíritu humano. Y la verdad es que esta guerra entre Atenas y Esparta no acaba todavía y cubre hoy toda la tierra. Aun la enfermedad que contrajo Grecia a última hora nos ha sellado para siempre.

JOSE FERRATER MORA

PARA LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA: LA FILOSOFIA DE LACHELIER Y EL NUEVO ESPIRITUALISMO

EL MOVIMIENTO “espiritualista” que surgió en Francia en el último tercio del pasado siglo y que ha proseguido sin interrupción hasta nuestros días, se distingue sustancialmente del que imperó en las generaciones anteriores. El espiritualismo de Victor Cousin había sido, como es sabido, una mera composición de elementos dispersos con el fin de salvar lo “espiritual”, el cual se afirmaba simplemente como superior, pero sin proporcionar a tal superioridad las bases positivas o racionales que le eran indispensables para constituirse con la solidez que pretendía. De ahí que este espiritualismo acabara casi siempre en la vaga afirmación de un no menos vago “primado del espíritu”. Muy distinto es, en cambio, el caso de este nuevo espiritualismo que no por azar ha sido calificado de “positivista” y a veces, más certeramente, de “realista”, y que, por su enérgica voluntad de asimilarse los mismos datos de la ciencia que daban lugar contemporáneamente al triunfo impar del positivismo naturalista, debe ser considerado, si no como uno de los fundamentos, sí por lo menos como uno de los bosquejos de lo que podría llamarse “la nueva filosofía”. ¿Tiene, pues, algo de sorprendente que semejante “espiritualismo”, representado sobre todo, después de Ravaisson, por Lachelier y Boutroux, haya intentado seguir siempre sus propias vías? Distinto del bien intencionado espiritualismo cousiniano, no es, en efecto, menos diferente del espiritualismo grandioso que emergió, con los sistemas postkantianos, dentro de la exaltada atmósfera del romanticismo. La vía que aquí se busca se parece más bien, en cambio, a la que siguió un filósofo que justamente en nuestros días comienza a ser debidamente valorado: Maine de Biran.

Pero Maine de Biran parecía volcar en exceso la investigación sobre sí mismo: la metafísica de la libertad en que desembocaba su filosofía, lo mismo que la final identificación del "yo" con la auténtica realidad metafísica, se desenvolvían aún con demasiadas vacilaciones y necesarios equívocos para que pudiesen ser verdaderamente operantes. Agréguese a ello que, para poder ser acogida como merecía, la reflexión de Maine de Biran no parecía atender suficientemente a esa misma "positividad" naturalista que a la sazón alcanzaba tan abrumador predicamento. En el caso de Lachelier, como en el de Boutroux, nos encontramos, en cambio, con un panorama distinto. Lo que se trata de hacer aquí no es sólo buscar, por medio de una introspección cautelosa, los fundamentos de la actividad anímica y de la vida moral y religiosa; se trata también, y sobre todo, de explicar verdaderamente el mundo y de volver a cerrar la brecha que se había abierto, al parecer de modo irremediable, entre el espiritualismo ya clásico y el arrollador naturalismo. Lachelier y Boutroux realizaban, pues, cada uno por su lado, un intento muy parecido al que en su tiempo pareció animar a los grandes sistemas del idealismo. Pero mientras en éstos el conocimiento de la Naturaleza, insertado en el cuadro de una ontología racional-deductiva, parecía constituir, bajo el aspecto de una desenfrenada *Naturphilosophie*, un apartado en cierto modo accidental, y en todo caso no decisivo, para los "neoespiritualistas" a que ahora nos referimos la justificación del conocimiento natural en todos sus grados se presenta en un primer y decisivo plano.

Semejante giro en el pensamiento se advierte ya en Jules Lachelier. El pensamiento de Ravaisson, en particular su teoría del "hábito" —que permitía aproximar, muy significativamente, el espiritualismo que ya este pensador calificó de "positivismo espiritualista" con la última "filosofía positiva" de Schelling— había, ciertamente, anticipado la severa filosofía del autor del *Fundamento de la Inducción*. Pero la mediación que intentaba ofrecer el hecho del "hábito" entre el mundo mecánico y el mundo activo y espontáneo parecía pasar todavía demasiado precipitadamente a la afirmación del primado del

último sobre el primero. En la época de Lachelier, en cambio, el naturalismo y el positivismo habían llegado a ser demasiado exigentes para que pudiesen quedar satisfechos con una mera yuxtaposición ecléctica. Contribuía a esta mayor cautela, por otro lado, el hecho de que Lachelier retomaba no solamente los hilos de este positivismo espiritualista y de la reflexión de Maine de Biran sobre la actividad de la conciencia, sino, y sobre todo, el hecho de que, paralela aunque independientemente de los esfuerzos que se realizaban en Alemania durante el período de la “vuelta a Kant”, recogía del autor de las *Críticas* las mayores incitaciones para una fecunda reflexión sobre los caracteres del pensamiento científico. El positivismo naturalista —y aun lo que Lachelier llamaba el materialismo idealista— anulaban o parecían anular teóricamente la libertad. El eclecticismo espiritualista se limitaba a afirmarla. Lo que se trataba de hacer, empero, era justificarla y demostrarla. Mas una justificación semejante no podía tampoco realizarse saltando de la razón teórica a la razón práctica, ni menos aún remitiendo el mundo de la libertad a un nómeno que no pudiese jamás morder sobre este nuestro mundo fenoménico. El camino que siguió Lachelier era por ello distinto y a la vez complementario del kantiano. Esto se advierte ya, con la mayor transparencia, en la principal de las obras escritas del filósofo. En su tesis doctoral *Sobre el fundamento de la inducción* Lachelier comienza, en efecto, por plantearse el problema de la *posibilidad* de la inducción, problema que le obliga a reconocer que la inducción no está fundada ni en el principio de identidad —puramente formal— ni en la mera expectativa de repetición de los fenómenos. La inducción tiene que estar fundada en la concepción misma de las leyes naturales. Ahora bien, estas leyes parecen montadas sobre dos principios: el principio según el cual “los fenómenos forman serie en las cuales la existencia del término precedente determina la del subsiguiente”, y el principio en virtud del cual “estas series forman a su vez sistemas en los cuales la idea del todo determina la existencia de las partes”. Pero esto equivale a decir que “un fenómeno que determina a otro precediéndolo es lo que se ha llamado

siempre una causa eficiente, y un todo que produce la existencia de sus propias partes es, según Kant, la verdadera definición de la causa final", con lo cual se podría decir que "la posibilidad de la inducción descansa sobre el doble principio de las causas eficientes y de las causas finales" (1)

No es posible exponer aquí *in extenso* la sutil y a la vez rigurosa argumentación de que se vale Lachelier para fundamentar las mencionadas tesis; ello equivaldría a una reproducción textual de su obra, cuya expresión es ya de por sí increíblemente concentrada. Sin embargo, no pueden dejarse de señalar algunos de sus principales jalones. Así, lo primero que conviene someter a investigación para establecer la fundamentación mencionada es el hecho de la ciencia. Mas ésta se basa en principios que son la expresión de un hecho: el de la existencia misma del pensamiento. La relación entre el pensamiento y la realidad deberá ser, pues, el punto de partida de una investigación como la mentada. Ahora bien, la realidad puede ser concebida desde dos puntos de vista: o como exclusivamente fenoménica, en cuyo caso su conocimiento es la sensación, o como participación de los fenómenos en ciertas realidades inteligibles, en cuyo caso su conocimiento consiste a la vez en la intuición sensible de los fenómenos y la intuición intelectual de tales entidades. Ni una ni otra concepción resultan, sin embargo, satisfactorias. La primera, que es la típica del empirismo, no puede lealmente admitir la inducción sin presuponer lo que para una tesis empírica debe de resultar inaceptable: el encadenamiento invariable de los fenómenos según un inflexible determinismo. En última instancia, el empirismo conduce al escepticismo. La segunda concepción, empero, no topa con menores dificultades, porque la ciencia no queda menos desvanecida mediante la suposición de un orden universal que reduce la existencia a lo en sí y subsume lo particular en un mundo inteligible esencialmente unitario. Pero aun la teoría que deriva la substancialidad y la causalidad de la proyección de lo subjetivo a los fenómenos resulta, tomada

(1) *Du fondement de l'induction* (1871), 1896, 1924, p. 12.

en toda su extensión, inadmisibles. La unidad e identidad del yo pueden ser "las condiciones formales" de la conciencia, pero no "los atributos de una substancia encargada de explicar su aparición y de garantizar su duración" (1). De ahí que toda doctrina de las substancias y de las causas fracasase ante el problema del fundamento de la inducción por motivos análogos, aunque inversos, de los que provocaron el fracaso del empirismo.

Una tercera vía resulta, así, necesaria. Si ni los fenómenos ni las realidades inteligibles distintas al mismo tiempo de los fenómenos y del pensamiento resuelven el problema, será preciso recurrir al pensamiento mismo. La interpretación *sui generis* que da Lachelier del kantismo se introduce precisamente en este momento. Si "las condiciones de la existencia de los fenómenos son las condiciones mismas de la posibilidad del pensamiento", podemos eludir, en efecto, toda embarazosa alternativa, ya que entonces "podemos, por un lado, determinar estas condiciones absolutamente *a priori*, pues resultan de la naturaleza misma de nuestro espíritu", y no podemos dudar, por el otro, que no se apliquen a los objetos de la experiencia, pues fuera de estas condiciones no hay para nosotros ni experiencia ni objetos" (2).

Hasta aquí, más o menos fielmente reseguído, el kantismo. Pero Lachelier ahonda acto seguido en el fundamento kantiano. El pensamiento, tal como ha sido admitido, requiere la independencia y persistencia de la unidad subjetiva, pero de una unidad que permanece pegada a la realidad, en vez de limitarse a subsistir en un mundo inteligible, fuera del tiempo y de toda modificación sensible. Por eso la unidad del sujeto no es, dice Lachelier, la unidad de un acto, sino la de una forma. De aquí a la afirmación de un encadenamiento necesario y, por tanto, de una ley de las causas eficientes para la constitución misma de la ciencia, no hay sino un paso. Pero este paso, aunque necesario, no es suficiente. La ley de las

(1) Op. cit., p. 33.

(2) Op. cit., p. 41.

causas eficientes fundamenta la inducción, mas sólo parcialmente; a ella debe agregarse la de las causas finales, que expresa *la otra cara* de la relación entre el pensamiento y los fenómenos. La finalidad no es, pues, simplemente, un arbitrario expediente forjado para salvar la libertad humana ni tampoco una continua remisión de lo libre a lo nouménico. Es el resultado de un proceso inductivo que se hace imposible si el fenómeno complejo no contiene la razón de los fenómenos simples. Así, el análisis de la inducción nos la muestra, por así decirlo, compuesta de las dos especies de causas: sin las causas eficientes no habría garantía de que la producción de un fenómeno no fuese algo surgido de la nada; sin las causas finales no se podría creer en la existencia de ninguna unidad y de ninguna armonía. La existencia de *formas* permanentes—tales como las de las especies vivientes— abona, pues, la existencia de una finalidad por vías muy distintas que las aducidas por la incomprobada hipótesis de un agente vital especial que la ciencia, por lo demás, no descubre en ninguna parte. Pero la finalidad no sólo confirma la existencia de las especies, sino la de los mismos cuerpos inorgánicos, que sin ella resultaban amenazados continuamente de disolución, carentes de estructura. Por eso se puede afirmar con toda certidumbre que “la ley de las causas finales es tanto como la de las causas eficientes un elemento indispensable del principio de la inducción” (1).

Mas la insuficiencia de la segunda de las leyes citadas no descansa solamente en que ella sola hace imposible la plena inteligibilidad del proceso inductivo se trata, además, y sobre todo, de que la ley de las causas eficientes, si bien explica la unidad del objeto frente al pensamiento, lo explica de un modo exclusivamente superficial. En último término —y en esto se apoya la entera metafísica de Lachelier— lo eficiente, lo mecánico, lo determinado tienden continuamente a lo abstracto y a lo vacío: su unidad es una unidad puramente formal, en tanto que lo final y, por consiguiente, lo libre, tienden a lo

(1) Op. cit., p. 72.

pleno y concreto: su unidad es una unidad "orgánica". De ahí que, como el mismo filósofo señala, "la primera unidad de la naturaleza era la unidad puramente extrínseca de una diversidad radical; la segunda es, por el contrario, la unidad intrínseca y orgánica de una variedad cada uno de cuyos elementos expresa y contiene a su modo todos los demás" (1). La finalidad queda, así, doblemente demostrada, pues no sólo es uno de los fundamentos de la inducción, sino que es, además, y sobre todo, aquello que revela el carácter concreto y, por ende, la existencia misma de lo existente. Desde este punto se desarrolla concéntricamente, como las ondas producidas por la piedra arrojada sobre el lago, toda la metafísica del filósofo. Las "dos existencias" de la naturaleza —la abstracta y la concreta— están fundadas en las dos especie de causas que, a su vez, son la manifestación de los dos tipos de existencia. Pero esto acontece de tal suerte, que lo concreto es, en último término, lo "realmente nouménico"; la unidad teoleológica de cada ser es su propia realidad, pero esta realidad no es ya entonces simplemente la verdad, sino la belleza. Lo que se ha llamado, aplicando al filósofo un término del vocabulario de J. Mark Baldwin, el "pancalismo" de Lachelier, queda aquí, en todo caso suficientemente subrayado. De esta suerte puede declararse que "la explicación mecánica de un fenómeno dado no puede quedar jamás acabada, y una existencia exclusivamente fundada en la necesidad sería para el pensamiento un problema insoluble y contradictorio. Pero el orden de las causas finales queda liberado de la contradicción que gravita, en cierto modo, sobre el de las causas eficientes, pues aun cuando los diversos fines de la naturaleza puedan desempeñar uno con respecto al otro el papel de medios, y aun cuando toda la naturaleza dependa tal vez de un fin que la desborda (*dépasse*), cada uno de estos fines no deja de poseer en sí mismo un valor absoluto, de modo que podría, sin caer en lo absurdo, servir de término final al progreso del pensamiento" (2). Las razones de las

(1) Op. cit., p. 79.

(2) Op. cit., p. 84.

cosas son, pues, fines que, bajo el nombre de formas, constituyen las cosas mismas. Sería ocioso seguir por esta vía, que el lector podrá deducir fácilmente; digamos sólo que Lachelier desemboca naturalmente en un contingentismo positivo, en un primado de lo concreto que será justamente el que mayor influencia ejerza sobre la posterior filosofía.

Sería erróneo, no obstante, suponer que Lachelier se detiene en esta afirmación y absorbe en la finalidad todos los demás términos. El descubrimiento de los términos medios del movimiento y de la fuerza como eslabones respectivamente entre la unidad extensiva del pensamiento y la diversidad de las apariencias sensibles, y entre tal diversidad y la unidad intensiva del pensamiento, constituye una prueba suficiente de que la concentrada brevedad de su pensamiento no excluye precisamente la cautela. Porque sólo así podrá conciliarse la finalidad y la necesidad, la tendencia y el movimiento, la libertad y el determinismo, haciendo simultáneamente posibles la existencia humana, la filosofía y la ciencia. No hay entonces peligro de absorción —una absorción que suele inclusive acabar con la realidad absorbente. Lo único que hace “el imperio de las causas finales”, al penetrar, “sin destruirlo”, en el de las causas eficientes, es substituir dondequiera “la inercia por la fuerza, la muerte por la vida, y la fatalidad por la libertad” (1). Y por eso la verdadera filosofía de la naturaleza es un “realismo espiritualista” para el cual todo ser es una fuerza y toda fuerza un pensamiento que tiende a una conciencia cada vez más completa de sí misma” (2).

El otro escrito capital de Lachelier abona y completa esta teoría. Se trata, en efecto, de hallar un término medio, que sea a la vez un auténtico fundamento, entre una psicología mecanicista y asociacionista, y una psicología espiritualista y metafísica que se limita a afirmar maníacamente la libertad sin otorgarle su debido fundamento. Esta última psicología parece alcanzar resultados satisfactorios, pero su método habitual

(1) *Op. cit.*, p. 101.

(2) *Op. cit.*, p. 102.

es, al entender de Lachelier, erróneo. De ahí la erección de un método distinto, basado en el análisis y en la observación de los hechos mismos, los cuales nos conducen bien pronto a la imposibilidad de admitir que la extensión pueda ser el fundamento de la conciencia. No sólo no ocurre así, sino que el análisis nos muestra incontrovertiblemente que la extensión no puede ser entendida sin la conciencia. Pues, considerada "en sí", la extensión, constituida por la pura exterioridad de sus partes, se anula y disuelve a sí misma. Claro está que esto no es tampoco suficiente. El "materialismo idealista" que "absorbería la conciencia, no ya en un mundo realmente exterior a ella, sino en este mundo relativamente exterior que lleva en sí misma" (1) no plantea menos problemas que el mecanismo materialista. El problema de lo "intensivo" que se manifiesta en la sensación y en la voluntad exige una solución que ningún materialismo y ningún espiritualismo idealistas han podido dar hasta el presente. De ahí el examen de la sensación y de la cualidad sensible, las cuales nos conducen con plena seguridad hasta la región de un *yo* distinto tanto de una simple modificación de la extensión como de un reflejo de ella. El análisis reflexivo de este *yo* nos conduce a su vez a una visión de los elementos fundamentales de la conciencia que, en vez de partir de la percepción para llegar a la voluntad, sigue el camino inverso. Con lo cual parece que hemos llegado a un reino en el cual impera, omnímodo, el voluntarismo; la voluntad parece ser, en efecto, como dice el filósofo, "el principio y el fondo oculto de cuanto existe" (2). Mas esta reducción a la voluntad no es sino un camino para alcanzar la originalidad de la conciencia. Porque sería erróneo suponer, después de esto, que lo que hay es una "voluntad en sí". El empirismo de Lachelier se manifiesta una vez más en la enérgica manera como subraya y muestra que la identidad del *yo* solamente es conocida y reconocida a través de sus modos. De ahí que la libertad de la voluntad y del *yo* sea una libertad perfectamente con-

(1) *Psychologie et Métaphysique*, en op. cit., p. 131.

(2) *Op. cit.*, p. 140.

creta y no pueda, por su misma naturaleza, dejar de serlo. La vacilación del filósofo en este punto capital, la distinción entre la libertad en el ser y la determinación en el modo de ser, parecería, en principio, necesitar la fundamentación de todo lo fenoménico en un en principio inaprehensible mundo nouménico. Pero, en rigor, si lo que hay es el ser, no siempre este ser es el nóumeno, y menos aún se contrapone al fenómeno. La prueba por el espíritu, la razón, la libertad no es, pues, ni un intento quimérico ni tampoco una demostración irrefutable, pero que trasciende siempre el campo de la experiencia. Para alcanzar semejante terreno hay que llevar el análisis a un estrato todavía más profundo que el de la voluntad. Ahora bien, el pensamiento es precisamente la realidad que, una vez alcanzada por el análisis, nos muestra un ser tan distinto de la sensación y de la percepción como de la voluntad misma. El pensamiento o la conciencia intelectual es lo que, de consiguiente, justifica la doble condición de toda relación del yo con el mundo por un lado, la necesidad de que exista un yo que no haya surgido simplemente como el resultado de un proceso cósmico; por otro lado, la necesidad de que este yo, justamente por serlo, no reduzca el mundo a un sueño, sino que, por el contrario, otorgue a todo lo aprehendido su objetividad. No podemos detenernos con detalle en esta dialéctica de Lachelier; digamos sólo que la base de su investigación es una ontología para la cual el ser ideal debe constituir el patrón y la medida para todo ser real. Mas este ser ideal no es ni una idea psicológica ni tampoco una arbitraria suposición metafísica; “no es una cosa, sino la verdad *a priori* de todas las cosas”, de tal suerte que “el conocimiento no es sino la conciencia que esta verdad ideal toma de sí misma al reconocerse en las cosas que la realizan” (1). La idea es sujeto del pensamiento y no objeto; no es dado, sino puesto, pues la verdad y la existencia se basan en la absoluta espontaneidad del espíritu. He aquí, por lo demás, el punto en el cual el análisis tiene que ceder su lugar a la síntesis, el lugar de pasaje de la psicología a la metafísica.

(1) Op. cit., p. 157.

La dialéctica del ser que se produce a sí mismo es desde este momento la coronación necesaria de esa investigación reflexiva. A base de ella podemos sostener que "el ser es", pero en un triple sentido: como paso del atributo al sujeto por ponerse el pensamiento su propia forma, es decir, el ser como atributo; como paso del sujeto al atributo, donde el ser se pone a sí mismo como sujeto y como esencia manifestándose luego fuera de sí por el atributo de la esencia; finalmente, como algo que se manifiesta en la cópula, como el reconocimiento de que "el ser es existente". El paso de lo abstracto a lo concreto y de lo concreto a lo real y verdaderamente actual, es, así, el paso del ser por todas sus formas y la demostración del despliegue interno mismo de la existencia. Así queda afirmado el espiritualismo, pero no como una gratuita suposición, sino como el conjunto de los principios de una ciencia que podría ser a la vez ciencia del pensamiento y de todas las cosas. Así queda afirmada la metafísica, "ciencia del pensamiento en sí mismo, de la luz en su fuente". Pero al llegar a este punto se llega acaso a algo que sobrepasa por todas sus dimensiones la filosofía. Que esto es así, lo ha hecho constar en otro lugar, clara y terminantemente, el mismo filósofo: "La más alta cuestión de la filosofía, más religiosa ya acaso que filosófica, es el paso de lo absoluto formal a lo absoluto real y viviente, de la idea de Dios a Dios. Si el silogismo fracasa en ella, que la fe corra el riesgo que el argumento ontológico ceda su lugar a la apuesta" (1).

(1) *Notes sur le pari de Pascal*, en op. cit., p. 199.

SARANDY CABRERA

TRES POEMAS

TIEMPO, INFANCIA PERDIDA, PARAISO

*... sí, tu niñez, ya fábula de fuentes...
J. Guillén.*

*No de aguas nacido no de seca vida,
sino de larga sangre exuberante,
de las carnes, de los colgantes pechos,
oh hombre de mí, he ido y venido hasta tanto.*

*Poblado no con el mar salado
ni con la comba miserable de la faja de tierra,
nacido y muerto apenas para nacer y morir,
hoy recorro tu tiempo de pie,
hoy junto y amenazo mi amor perseguido,
no de aguas nacido,
sí de carne.*

*Oh, ojos, oh tiempo del lejano paraíso,
de cuya blanda fruta sabrosa recogía
un germen de vida
una pequeña verdad significativa,
que poblaba apenas para tanto
mi retiro de las hojas carnosas y peludas
como lenguas de gatos
y que el rincón ganado me ofrecía.*

Oh paraíso.

*Paraíso perdido de fresca sombra
que mi corazón supone presente sin embargo..
para alentar su oscuro vivir, para mirar*

*en el Tiempo que huye y que clarea,
con una luz de primavera eterna,
la fresca sombra y la carne rumorosa,
fresca e ingenua carne de ojos brillantes
sin una muerte, más presente ahora
más segura.*

*Oh carne amante y mortal,
paraíso perdido sin futuro,
cuando el agua del tiempo, gota a gota
su reloj derramaba,
su raudal generoso, y para siempre
palabras, para siempre.*

*Oh vida, oh muerte, oh muerte.
oh gotas fugitivas, que si han sido
no ocurren, no aparecen
con su viejo cortejo de sombras,
en aquella fresca galería que el verano
enervaba de algún llanto, de alguna
pequeña flor abochornada
o de una tropical hoja ancha esplendorosa.*

*No de aguas nacido
ni de vida reseca,
sino del espinoso amor humano,
jardín cerrado huerto de tierra negra,
hoy mis aguas fabulan
y ocurre que doy vuelta mi estera de tierra
bajo el palio de las frutas y el aroma violeta de los árboles altos
y de mi nada apenas
sale mi apenas todo,
mi cadena de recuerdo encendido,
mi prodigio venido, la Memoria del Tiempo
y el tazón
desbordado de aguas verdes,
Tiempo, Infancia perdida, Paraíso.*

PERSISTO DESTRUYENDOME

*Delgado aceite avanzas y entre aromas de tilo
y entre el aire cargado de marcela
te abres camino, rompes
las tablas circundantes de los hábitos,
de las oscuras telas encendidas pegadas,
y te apareces delgado aceite
y corres en el tiempo.*

*Has recibido de mi olvido acaso tanto
y tú y yo muerto paralelamente,
pagados con los treinta dineros cotidianos
en la movida rueda, en la espectante corona
de fuego y tiempo.*

*Mientras tanto
venían floraciones, acababan los días
su oscuro, y claro manto
de medallón ambiguo,
su acabable cordón enrarecido,
y soltaba la lluvia su collar y su hilo
con un inacabable rodar de cuentas frías.*

*Y más aun y más y sin embargo
delgado aceite avanzas, impregnas,
tomas tu exacto día, tu minuto explosivo
e iluminas veladamente,
entre la resignada tristeza de las cosas
dos tiempos confundidos bisecados,
unidos hoy en mi eje ardiente y orientado.*

*Y más aun y apenas,
agua flotante, espejo solitario, bujía,
me llamas, me abandonas, y apartas
los opios, las maderas, el retorcido hierro del planeta
levemente con cruces de mujeres*

*con corredores sucios, con amantes rincones de memoria
y llenas todo, todo,
y presientes y acabas cayendo y acabando,
sin cesar renacido, renacida.*

*Has sabido, has llegado a la orilla marcada del silencio,
esperando la voz, confiando acaso tu párpado imposible,
tu voz de débil gota en el diario silencio de la noche
con su tic tac metálico y distinto, con su ruido de tiempo;*

*y has llegado no obstante frágil aceite,
fe contra el frío, vívida esperanza,
relámpago entrevisto,
para salvarnos todos del naufragio,
para llevar un día salvado estremecido
al día inexistente que te espera
a aquel seguro día que te aguarda,
que llama a esta redonda y a esta tibia simpleza
y a esta virgen fruta mordida,
y que pasando cae
para siempre y acaso para siempre.*

*Delgado aceite,
vano rumor de días y de retratos muertos,
de moribundas horas con árboles exactos,
tu angustia permanece, tu ligero
rincón soporta el golpe de las voces amargas,
los gritos, los sollozos, las oscuras palabras,
y permanece estando
mientras cae la hora sonando y destruyendo.*

LA AMENAZA DEL TIEMPO

*En mitad del refugio de mi apariencia
y de un ardiente cinturón de sombras,
elegido como centro mortuorio de las luces,
ungido por las ondas de voz y de sonido,
permanezco erguido como un sueño
lleno de voces perdidas,
temblando, hoja verde, aguardando
de las aguas sonoras,
de los cargados mundos relampagueantes
el fruto de velar las aguas.*

*Oh agua tanto venida,
Oh amor hecho de gota a gota,
Oh pequeña carne que arrima
mi peregrino amor al mundo,
mi membrana cerosa
al cinturón de sombras
que aprieta su ojal amargo
que llama con su viento de verano
mientras ya por la carne rumorosa
única verdadera de los sueños
viene el otoño pasado de amarillas
luces, de pastos fríos,
de piedras cadavéricas.*

*Sueño feraz, oh campana
oh espacio estremecido por los cuerpos,
Oh tiempo perseguido
por tu amor la memoria,
cuya vidriada forma trasparente
lleva mi corazón y su amenaza.*

*Hoja feliz, oh vientre opulento
preñado de otra vida,*

*de su pulpa feliz, de su elocuente
savia subiente y emancipadora,
llamo por todos
llamo por una luz
por una aguda acomodación
para poblar los ojos persistentes
con un mito de vida.*

*Acaso entonces,
Acaso demasiado,
adonde estremecido,
caen a mí como una espiga seca
los hombres, los sutiles
hilos de la apariencia moribunda
y me pueblan entonces
acaso demasiado lentamente,
hojas, el viento, el sueño,
los gigantes tomates de vida escondida,
la esfera hueca
de humana carne
que recoge mi asombro
cambiando, deshaciéndose.*

*Hundido en sombra,
hendido en la viva madera
y en los ladrillos muertos
miro el mundo y su cola
su río, su enriquecido enigma
su porquesí sufriente.*

*Hundido en sombra,
centrado en círculos de angustia
enredado en afectos
lúcido sin embargo, entre
los sueños y apartando el vaho
de las musarañas y las amapolas pestíferas,
veo mi mundo en el tiempo
y desde no sé donde por perderlo
y hasta ya no sé cuando por salvarlo.*

EMIR RODRIGUEZ MONEGAL

LA CRITICA LITERARIA
EN EL SIGLO XX:
EL EJEMPLO
DE PEDRO SALINAS

I

“... un aficionado a la poesía, a su ejercicio,
a su historia y a sus problemas”. Pedro Salinas:
LITERATURA ESPAÑOLA SIGLO XX.

CUANDO en 1947-48 Pedro Salinas publica, sucesivamente, sus dos grandes libros de crítica literaria sobre Jorge Manrique y sobre Rubén Darío, ofrece como credenciales toda una existencia dedicada al comercio de los autores españoles, a la lenta y paciente revisión de sus textos, a la docencia de su lírica. Esta actividad crítico-pedagógica había sido iniciada oficialmente en 1914, cuando Salinas, de 22 años, fué nombrado Lector de Español en la Sorbona. A lo largo de todos sus días, a lo largo de sus diez volúmenes en verso que encierran una poesía, quizá la más pura de la lengua castellana contemporánea, Salinas había desarrollado una activa y penetrante obra crítica impar por su actitud, por su tono, en nuestra lengua, y sólo equiparable a la creada por T. S. Eliot en Inglaterra.

Cuatro libros —*Reality and the Poet in Spanish Poetry*, 1940; *Literatura española siglo XX*, 1941; *Jorge Manrique o Tradición y originalidad*, 1947; *La poesía de Rubén Darío*, 1948— encierran la parte más importante y visible de esa vocación. Porque Salinas no accede a recoger en libro su crítica hasta haber logrado una ancha madurez, humana y poética. (Su primer volumen crítico es de 1940, cuando ya hacía siete

años que *La voz a tí debida* señalara la plenitud de su lírica.) Quizá sea este rasgo de contención, de feliz equilibrio, de serena perspectiva, el primero que se deba relevar al aproximarse a su obra crítica.

Una misma actitud prevalece en la comunicación de su poesía y de sus ensayos: la difusión parcial por medio de revistas literarias, el adelanto de alguna página, y luego —de tarde en tarde— el volumen que amplía el radio de publicidad. Y este acuerdo no debe extrañar a nadie, porque en Salinas no se produce una escisión entre la naturaleza poética y la naturaleza crítica; uno de esos casos que suelen prestarse al fácil simetrismo: por un lado, la sensibilidad poética; por el otro, la inteligencia crítica, ejerciéndose aisladas, casi incommunicadas dentro del mismo individuo. No. Salinas desarrolla su obra crítica —su poesía crítica— con la misma actitud, con las mismas potencias, con idéntica devoción, con que crea su poesía. Y si los resultados finales no son equiparables —¿puede acaso encontrarse el factor común entre un poema y una página crítica?—, el movimiento del alma que crea poesía o que crea crítica es el mismo.

Por eso parece adecuado pedir en préstamo a Jean Cocteau su tan fina calificación para aplicársela a Salinas. Poesía crítica, aclaro, y no crítica poética, en el sentido trivial de la expresión. Porque su aproximación al objeto no es la de quien busca la glosa “poética”. Salinas se enfrenta a la realidad creada como el poeta a la realidad material primera, y crea con ella, a partir de ella y trascendiéndola al darse entero en el acto, una realidad crítica que no difiere en su raíz de la poética que su obra lírica aporta. (Difieren, eso sí, las realidades sobre las que actúa el poeta: una vez es la material del mundo; otra vez, la poética, realidad en segunda potencia pero no menos existente que la otra.) Y esta unidad de actitud puede rastrearse hasta en el vocabulario con que Salinas aseña sus distintas realidades. Si es cierto —como quiere Moreno Villa— que todo poeta tiene algunas palabras clave, podría indicarse, sin disputa, que una de las de Salinas es *querencia*, en toda la fuerza con que el poeta español potencializa el voca-

blo: fuerza de querer, querer en agónica vocación del ser, intencionalidad última del mundo. En las dos realidades poetizadas por Manrique y por Darío señala o descubre Salinas ese querer, esa querencia que es cifra de su propia poesía. Así, en la arquitectura de las *Coplas* indica un parentesco con las constelaciones celestes y apunta una diferencia: que éstas son obra de una ley física natural, y por tanto nada expresan, nada quieren, *mientras que la constelación de Manrique, recibida de la tradición, pero creada por el poeta, revela un "querer" esa agrupación, del poeta, un designio*. Del mismo modo, al analizar uno de los poemas más significativos de Darío (*El Reino interior*) pone en evidencia la profunda *querencia* del alma que, en sueños revela su doble anhelo:

¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!

Y el propio Salinas en un poema titulado *Querencia* (*Hijo pródigo*, N^o 4, 1943) canta:

*Si al pasar junto a un espejo
 mi misma imagen me duele,
 porque no es como quería;
 si se quiebra un mito y Dafne
 llora en primavera al verse
 brazos de carne, sin hojas;
 si grita y grita el teléfono
 y la otra voz está ausente,
 y un porvenir se malogra,
 todo es adrede,
 el mundo algo quiere.*

Una misma raíz, una misma actitud. Porque así como el poeta asedia la realidad material, la penetra y la vive para crear su realidad poética, así el crítico asedia su objeto, lo penetra y lo vive (endopáticamente, como afirmaba muy bien de Torre) para crear su realidad crítica.

II

"The poet places himself before reality like a human body before light: in order to create something else, a shadow... The poet adds shadows to the world, bright and luminous shadows, like new light..." Pedro Salinas: REALITY AND THE POET IN SPANISH POETRY.

¿Cuál es la poética de este crítico? ¿De dónde parte? El mismo se ha encargado de dilucidar el punto y a sus textos, precisos y luminosos, se ha de referir naturalmente todo comentario. En *Reality and the Poet* sostiene que el poeta tiene como objetivo la creación de una nueva realidad dentro de la vieja realidad. Aparecen aquí ya nombrados los dos agnoscistas del drama, y resulta ya planteada la situación inaugural y radical a la vez: el poeta, con su realidad íntima, personal, enfrentado a la realidad material. Y toda la acción se reduce a eso, al poeta superponiendo a la dada, otra realidad: la de su poesía. (*El poeta, dice, agrega sombras al mundo, sombras brillantes y luminosas, como nueva luz.*)

Frente a la concepción realista —de penosa miopía— afirma redondamente Salinas: *La realidad, las cosas, están ya ahí creadas. Con reproducirlas tal cual, nada nuevo se crea, y la poesía tiene el deber primordial de crear. Pero, y ese es su conflicto, a base de lo ya creado: la realidad. Su labor no puede ser otra sino transmutar la realidad material en realidad poética.* O como él mismo señala en otro texto no menos afirmativo: *Poesía no es sino el conjunto de relaciones entre esta realidad psicológica, extraña y anormal, el espíritu poético, tan excepcional y clarividente, y la realidad exterior, común y ordinaria, la realidad del mundo exterior.*

Esta realidad poética que el artista instaure o crea, esta trascendente y trascendida realidad, ofrece, también, a la mirada del crítico la visión que el poeta tiene del mundo, lo que los filósofos llaman concepción del mundo. Por ella pueden

precisarse los límites de la realidad material que el poeta aprehende, la cantidad y calidad de su vivencia del mundo. Así, por ejemplo, en las dos grandes realidades poéticas que estudia Salinas pueden palpase dos concepciones esenciales —la muerte en Jorge Manrique, el erotismo en Rubén Darío— que si a primera vista parecen inconciliables, cuando se las considera en profundidad revelan su común raíz humana.

Cuando el crítico maneja expresiones como concepción del mundo (o su más pedante expresión: *Weltanschauung*); cuando el crítico ataca, decidido, la realidad poética, puede pensarse que, en su vanidad, pretende alcanzar —y agotar— el último resquicio de lo poético. De ahí a pensar que lo ciegan el orgullo o la estupidez no hay un solo paso. Pero con Salinas no se corren estos riesgos. El poeta sabe demasiado bien que toda realidad es inagotable. Lo proclama, por ejemplo, este fragmento [*El contemplado mar* (poema)]:

*¡Qué pareja tan hermosa
esta nuestra, Contemplado!
La mirada de mis ojos,
y tú, que te estoy mirando.
Todo lo que ignoro yo
Te lo tienes olvidado;
y ese cantar que me buscan
las horas, sin encontrarlo,
de la mañana a la noche,
con blanquísimo estribillo,
tus olas lo van cantando.
(Variación V)*

Salinas sabe que la realidad poética puede ser asediada pero no poseída totalmente. Ya en unas valiosas declaraciones a Gerardo Diego reconocía la imposibilidad final de superar la circunstancia que envuelve a la poesía para alcanzar su último reducto. Por eso, con ejemplar humildad, no olvida subrayar —oportunamente siempre— ese último resquicio de

misterio, de sobrenatural, de milagro, que encierra el grave juego poético. Y cuando, en renovado y pujante análisis, trata de agotar el símbolo del cisne en la lírica de Rubén Darío, acaba por señalar sutilmente que se accede a la región del milagro. *Si yo no me equivoco (escribe), los versos de Rubén, en cuanto tocan al cisne o a lo císnico ganan un temblor, un estremecimiento extraños, se animan de un alma particular, ya deriven hacia el ditirambo sensual, o a la languidez melancólica. Diríase que este símbolo se le adentró más que ninguno en su sensibilidad, y que los versos que le dictaba provenían de la fuente más honda de su ser, le salían trémulos de milagro.* Es claro que este milagro no tiene el significado de lo comunicable por desconocido, por ignorado. Al contrario, se da en una realidad alcanzable —incluso puede afectar la forma que el mismo Salinas denuncia en San Juan de la Cruz: un *translucent mystery, almost transparent mystery*—; pero no por ello resulta menos formulable por otro lenguaje que no sea el estrictamente poético.

Esa realidad que el poeta crea con la realidad material, ¿qué relaciones guarda con su vida? O dicho de otro modo: ¿qué vinculación existe, dentro de un mismo ser, entre el hombre cotidiano y el poeta? A esa pregunta ha contestado Salinas con un sustancioso examen de las relaciones entre el hombre Darío y el poeta Darío. Ante todo, advierte, debe discernirse claramente entre *las mil acciones que el poeta va arrojando conforme vive en cuanto simple ser humano, al fondo de cada día que pasa, y esos otros actos de excepción, aspirantes a la inmortalidad, sus poesías.* Pero también es preciso aclarar previamente las relaciones que existen entre el poema y su circunstancia para no resolver (o disolver) la esencia poética en el motivo o incitante que facilitó el nacimiento del poema. Porque un poema no está explicado cuando se sabe por qué lo escribió el autor, en qué momento de su vida, obedeciendo a qué impulsos, dentro de qué tradición. Se conocen entonces las circunstancias de su génesis y resulta localizado y, en apariencia, más nítido y accesible. La visión y el enfoque se precisan, pero la íntima realidad no ha sido alcanzada. Todavía

no se ha abandonado la superficie; hay que penetrar desde allí. *La partitura, el cuadro, el poema* (escribe Salinas), *los erigen los hombres sobre sus existencias materiales, precisamente para alzarse sobre ellas, para superarlas en una fabulosa operación de la fantasía que es incomparablemente más que la simple dúplica, copia o repetición, con que la teoría realista extravió tantas cabezas.* Por eso el método biográfico, y todos los que con él se vinculan, no pueden servir para iluminar la esencia del poema y se debe reconocer llanamente sus precisos alcances para poder emplearlos con eficacia.

Es claro que el conocimiento del hombre y su circunstancia facilita el descubrimiento de su tema. Porque lo que se debe fijar sobre la multitud de apariencias sucesivas o engañosas que ofrece una obra dada, es el tema que el poeta ha tratado de expresar a lo largo de su vida en tan distintas formas. Es decir: *el tema vital que desde los adentros preside misteriosamente sobre los otros temas, los literarios; el tema que se presenta en la vida espiritual del autor con más persistencia que los demás; el tema que sirve a la obra de recóndito centro de irradiación, de principio constantemente activo, para sus varias creaciones. Tema humano genérico, preocupación de alma, nacido con ella, es anterior a cualquier intento de su expresión particular en un arte determinado.* Y cuando el poeta se vuelca sobre la realidad, ese tema dirige oscuramente el proceso creador, se introduce en la realidad poética y logra expresarse por su intermedio.

Esta concepción del tema vital orienta la busca del crítico; casi podría afirmarse que es su principio organizador, el eje de su actividad. Así, cuando Salinas arriba a la vasta e irregular obra poética de Rubén Darío procura discernir entre sus (en apariencia) contradictorios caracteres y motivos, aquellos permanentes, para fijar, en un solo enfoque unitario, su tema. Esta preocupación no es nueva. Ya en un trabajo anterior, recogido en *Literatura española siglo XX*, había esbozado una teoría de Darío en la que, desarrollando una sugestión de Rodó, señalaba al cisne como *el símbolo progenitor de la nueva poesía.* Allí mismo, al ahondar más el tema, había lle-

gado a descubrir que el *supremo valor simbólico del cisne está en su capacidad de pasar de lo más espiritual a lo más sensual, sin dejar de ser él, siempre dentro de su misma naturaleza. Y el cisne representaría entre los animales la coexistencia en un mismo ser del impulso místico y el sensual, la personalidad de Rubén Darío, en último término.*

Pero aquel primer enfoque no estaba libre de algunas apreciaciones injustas para con Darío y (por otra parte) tampoco conseguía subrayar con toda la fuerza necesaria la importancia del erotismo como tema de esta poesía. Aquel trabajo era, en verdad, un valioso intento de aprehender —en forma sumamente sintética— un tema excesivamente complejo. El mismo Salinas lo sentía así al escribir, premonitoriamente: *Cuando se aborde el estudio de la temática de Rubén Darío será el tema del cisne uno de los capítulos más seductores.* En el libro sobre *La poesía de Rubén Darío* se revela, en cambio, inequívocamente, el erotismo de toda esta obra lírica. Y en alguna página se precisa el sentido de lo erótico en Darío: un erotismo que no debe confundirse con el solo cumplimiento del deseo carnal y que no reduce su ardor sensual a la apetencia física. Porque, *precisamente el valor de Rubén es alzarse del erotismo natural a una especie de conciencia de lo erótico, que cada vez se complica con adherencias extrañas y superiores al erotismo elemental, y le guía por ese camino al descubrimiento de su tema, y a sus más hermosas expresiones líricas. Su poetización de lo erótico es de tamaño profundidad, que sacándolo del tono lúdico superficial, discreto de corte, o de grupo, lo convierte en palestra del juego más trágico, del gran problema del hombre.* Y a lo largo de los capítulos del libro, en magistral creación, se va señalando el tránsito del erotismo juvenil (insuficiente e insatisfactorio en su misma avidez) al angustioso y trascendido erotismo final, cuando el poeta alcanza el *sentimiento agónico: Lo erótico que lucha por no morir.*

De la misma manera, al estudiar la poesía de Manrique descubre Salinas como motivo central el conflicto entre la tradición en la que se inscribe el poeta y su propia originalidad,

conflicto que se desarrolla en torno al tema medieval de la muerte. Manrique recoge el pensamiento tradicional sobre la muerte y nada le añade. Pero su originalidad no resulta por ello afectada. Y ella debe buscarse en la actitud del poeta hacia la tradición, en lo que el poeta crea dentro de la tradición. En tres enfoques directivos se puede sintetizar ese aporte: 1º) la *capacidad integradora* de Manrique, que encierra en sus poemas *todos los grandes tópicos del pensar medieval: tiempo, fortuna, muerte, menosprecio*; que los da en toda su densidad humana; 2º) la *capacidad de selección*, que le hace escoger, entre la tradición macabra de la muerte y la tradición cristiana, inundada de luz, ésta última a la que ennoblece con su sobriedad; 3º) la *animación o vivificación de las formas tradicionales*, que les devuelve su expresión primera, recreándolas en toda pureza. Por eso se puede concluir este examen afirmando: *Ese fué su modo de aceptar la tradición, de someterse al mandato de los que hicieron poesía de la muerte antes que él. Todo tradición, sí, son las "Coplas"; y todas novedad.*

Y lo sorprendente es que estos dos grandes poetas, disparado el uno hacia el furor erótico, concentrado el otro en el *memento mori*, descubren en última instancia un territorio común. En efecto, no debe olvidarse que Jorge Manrique fué un poeta erótico, que supo cantar la pasión amorosa, el complicado dibujo de sus alternativas, la servidumbre que impone al amante. Y aunque su Eros fué cortesano y se alimentaba en una larga tradición literaria, Manrique supo comunicar ese temblor íntimo que también compromete al alma. Del mismo modo, Rubén Darío, ardido amante, acaba por descubrir al tiempo y a la muerte como límites inexorables de su afán y acaba por consumirse en erotismo agónico. Y es precisamente al tratar esta última etapa que recurre Salinas a la poesía de Manrique para subrayar y profundizar su contraste, contraste que, paradójicamente, los acerca y que, en definitiva, se resuelve en dos diversas actitudes frente a una misma realidad obsesionante: la fugacidad de la vida. Habría que revisar todo el capítulo VII (*Pasó un buho sobre mi frente*) para mostrar cómo al analizar allí los poemas de Darío, éstos se

enlazan, por medio de alusiones directas o indirectas, a las *Coplas*, a las más auténticas vivencias de esta poesía. Y ese finísimo contracanto que ofrece Manrique se resuelve en acorde final al descubrirse un mismo movimiento en el alma de los dos poetas. Se puede concluir entonces: *Le cercan* (a Darío) *los fantasmas del tiempo. Le duele el tiempo, en el corazón, "triste de fiestas"*. Estas palabras admirables despertaron, allá por los años de 1905, fiera indignación en los académicos y afines. Se veía en ellas irreconciliable contradicción, antinomia irreparable, y se llegó a calificarlos por el senado de las letras de disparate. Cuando son maravillosamente expresivas, no tan sólo del modo de ánimo del poeta en ese instante nocturno que nos comunica en este poema, sino de todo un estado de ser frecuentísimo en la sensibilidad eterna. ¿Es que cuando Jorge Manrique llama a sus versos la visión de la Corte del Rey Don Juan, con sus damas preciosamente arreadas, con sus galanes que trovan y danzan, con sus fuegos de amadores—todo ahora hundido en el hondón de la muerte—, no está queriendo hacer a los corazones lectores "tristes de fiestas"?

III

"Todo comentario a una poesía se refiere a elementos circundantes de ella: estilo, lenguaje, sentimientos, aspiración, pero no a la poesía misma. La poesía es una aventura hacia lo absoluto. Se llega más o menos cerca, se recorre más o menos camino eso es todo." Pedro Salinas, citado por Gerardo Diego en POESÍA ESPAÑOLA. ANTOLOGÍA.

Con esas palabras en las que parece escucharse un último y puro eco de Stéphane Mallarmé, definía Salinas la incomunicabilidad final de la poesía. Pero esta clara y valiente ase-

veración no disminuye ni la penetración ni el ímpetu del asedio con que él mismo cerca a la poesía. Este asedio que, en definitiva, será estéril.

Ante todo, el crítico debe alcanzar un enfoque unitario de su objeto. O sea: debe alcanzar el centro vital que preside su organismo. Para ello, ya se sabe, hay que descubrir el tema del poeta. Se organizará así en torno de un punto toda la variada y contradictoria apariencia de la obra y la unidad prevalecerá sobre la confusión. Ya se han tocado los resultados prácticos de esta teoría en el caso ejemplar de Rubén Darío. Salinas pudo salvar al gran poeta del fragmentarismo incoherente al que lo había reducido casi toda la crítica anterior, y rescató así su verdadera imagen.

Lograda la fijación del tema vital, Salinas procede a la captación de la realidad poética, operación en la que pondrá en evidencia su extraordinaria ductilidad, porque para alcanzar el tema, la raíz del tema, no ataca por un solo camino. Simultáneamente lo envuelve y lo rodea por varios, inquiriendo profundamente los distintos planos de su realidad. Para simplificar esta exposición de sus procedimientos se han intentado aislar algunas muestras de distintos tipos de aproximaciones (para usar la palabra tan querida a Charles Du Bos). Pero la mayor parte de las veces, esta realidad crítica no es susceptible de escindirse pedagógicamente en dos o tres actitudes y son muy frecuentes los casos en que varias se dan en un solo enfoque —como se verá a continuación.

A) *Aproximación poética.* Hay un pasaje de su *Jorge Manrique*, aquel que estudia las tan famosas *Coplas 16 y 17*, en que Salinas pone en evidencia su captación poética de la esencia del tema. En torno del Rey Don Juan el poeta congrega todo el desvanecido mundo cortesano, la sociedad de graciosas damas, la música y el perfume de una época, aventados por el tiempo. En medio de esa sociedad Salinas cree percibir al poeta. *Otro personaje hay que yo vislumbro, el más conmovedor de todos, allí en medio de ese torbellino de los encantos cortesanos. El mismo poeta, Jorge Manrique. ¿Quién no siente que esos placeres no le fueron ajenos? ¡Cómo*

no recordar ahora sus poesías amorias que forman el mayor bulto de todo lo que escribió! Poesías son de corte, empapadas de sensualismo cortesano.

*¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar?*

En esas llamas avivadas por tanto soplo retórico, se ardió el poeta. Y él fué uno de esos trovadores de aquel incesante trovar de palacio. Hay en estos 24 versos un temblor, un estremecimiento que los distingue y los separa de todos los demás de la elegía, trémolo carnal, el temblor de la sensualidad, el temblor de los goces de los sentidos.

B) *Aproximación psicológica.* Los ejemplos abundan, y es explicable, porque Salinas piensa que el poema nace en el alma y al alma se ha de apuntar para captarlo en estado naciente. Quizá el ejemplo más claro sea aquél de *Rubén Darío* en que partiendo de una observación estilística, asciende el crítico hasta la fuente del habla. Salinas estudia la *Canción de otoño en primavera* y al llegar a los versos:

*Y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,
sin pensar que la primavera
y la carne acaban también*

señala que Darío sujeta una a otra, *primavera* y *carne*, por medio de la conjunción copulativa *y*. Al hacerlo, al emparentar a la carne con algo pasajero como la primavera, le reduce su imperio hasta entonces indisputado. Y al usar el adverbio *también* en lugar estilísticamente tan destacado como la rima, está subrayando el poeta esa fugacidad irreparable. Pero el adverbio (observa) está destacado, además, psicológicamente. *Envuelve otro desengaño. En la fase hedonística Rubén se figura que lo venusino, el goce carnal dispensado por la Diosa,*

es excepción dentro del universo, y no paga tributo al tiempo; mientras todo camina rumbo a su acabamiento, el amor se escabulle de la carrera, y queda al margen de lo pasajero, suspenso en un sin tiempo. "También" significa que ahora el amor acata la ley de lo demás. Lo erótico entra, "también", en la danza general de la muerte.

C) *Aproximación estilística.* Aunque Salinas no pretende hacer análisis estilístico, ocasionalmente (se acaba de ver) aplica los principios de la estilística para captar en su intimidad un recurso expresivo o para revelar un movimiento escondido del ritmo. Un ejemplo memorable ocurre al analizar la misma *Canción de otoño en primavera*, especialmente los versos:

*Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!*

Es curioso (comenta el crítico) que Rubén para denotar algo que es ya vitalmente un pasado, hace uso del tiempo presente. ¿Está consumada la acción? En ese caso el "te fuiste" sería forma justa. Indudablemente, lo que ocurre es que, psicológicamente, el poeta siente ya la juventud como pasada, pero actualmente como todavía no acabada de pasar: más bien como pasando, como iniciando su paso. Se va, no habrá quien la detenga —"para no volver"— pero aún se la puede ver, en ese último momento de irse. Está aquí, y dentro de un instante ya no estará. Ese pormenor gramatical añade al verso un particular patetismo.

D) *Aproximación erudita.* Se logra a través de los comentarios, análisis y juicios ya realizados por otros. Aquí demuestra Salinas una especial maestría. Quizá parezca obvio afirmar que está al tanto de todos los estudios que preocuparon los temas por él abordados. Lo cierto es que sin abrumar con su erudición al lector, puede utilizarlos con autoridad, enjuiciarlos sin blandura pero cortésmente y hasta denunciar sus flaquezas. Tal como sucede, por ejemplo, con el libro de Arturo Marasso: *Rubén Darío y su creación poética*, en el capítulo V de su estudio. Pero la aproximación erudita no es nunca su-

perflua. El aporte ajeno es requerido para iluminar un punto o es mencionado para enriquecerlo con nuevos enfoques. Tal como sucede con la interpretación que da Eliot de la tradición culta, a la que Salinas incorpora la tradición analfabeta, de tan ilustre linaje en la poesía española. (V. *Jorge Manrique*, capítulo IV: *La valía de la tradición*.) Tal como sucede cuando distingue lo permanente y lo transitorio de la poesía pictórica en Darío. (V. Capítulo VI: *El jardín de los pavos reales*.) Siempre la aproximación erudita abre nuevas perspectivas.

Este análisis, que ha facilitado el examen de los distintos tipos de aproximación a la realidad poética, no debe hacer olvidar que dichas aproximaciones son movimientos que el crítico realiza simultáneamente, en un solo golpe creador, y que para exponerlos aquí en su individualidad ha sido necesario desglosarlos de su contexto al descubrir el fugaz momento en que uno de ellos actuaba casi solo. Pero lo que distingue a la crítica de Salinas es el movimiento unitario con que aborda su objeto y la certera y empecinada penetración con que lo cala. Porque ésta es —fundamentalmente— una *crítica de esencias*, que no se propone registrar (o describir) las fases y las apariencias de una obra poética. Pretende captar, en cambio, la realidad poética última, la concepción del mundo, el tema vital, la originalidad profunda. Y en todo momento el cuidado de la pieza o del verso o de la palabra no hace olvidar ese último objetivo, al que apunta con todo su ser el crítico. Por eso estos libros en que el poeta entrega su realidad crítica, aunque abundantes en páginas, sorprenden por su brevedad y su recuerdo parece caber en una sola voz: *Jorge Manrique o la tradición de la muerte*; *Rubén Darío o el erotismo agónico*.

Este trabajo es el primero de una serie que NÚMERO publicará sucesivamente.

T. S. ELIOT

CRIMEN EN LA CATEDRAL

PRIMERA PARTE

PERSONAJES

Un coro de mujeres de Canterbury.

Tres sacerdotes de la catedral.

Un mensajero.

Arzobispo Thomas Becket.

Cuatro tentadores.

Servidores.

La acción se desarrolla en el Palacio
del Arzobispo el 2 de diciembre de 1170

CORO

Quedémonos aquí, junto a la catedral. Esperemos aquí.

¿Nos atrae el peligro? ¿Acaso un sentimiento de seguridad
atrae nuestros pasos

Hacia la catedral? ¿Qué riesgo puede haber

Para nosotras, las pobres, las pobres mujeres de Canterbury?

¿Qué tribulación

Con que no estemos ya familiarizadas? No hay peligro

Para nosotras, y no hay seguridad en la catedral. El presagio
de un acto

Que nuestros ojos se verán obligados a atestiguar, empuja
nuestros pasos

Hacia la catedral. Estamos obligadas a atestiguar.

Desde que octubre de oro declinó hacia noviembre sombrío

Y fueron las manzanas cogidas y guardadas, y la tierra tornóse
marrones puntas ásperas de muerte en la extensión
desierta de agua y fango,

El Año Nuevo espera, respira, espera, murmura en la tiniebla.
Mientras el labrador arroja su zapato fangoso y adelanta sus
manos hacia el fuego,

El Año Nuevo espera, el destino espera lo futuro.

¿Quién extendió sus manos hacia el fuego y recordó los Santos
cuando Todos los Santos,

Y recordó los santos y mártires que esperan? ¿Quién tenderá
sus manos

Hacia el fuego, y renegará de su maestro? ¿Quién sentirá calor
Junto al fuego, y renegará de su maestro?

Siete años y el verano pasó,

Siete años desde que el Arzobispo nos dejó,

El que fué siempre afable con su gente.

Pero no sería bueno que volviera.

Pues reine el Rey o reinen los barones

Si bien hemos sufrido diversas tiranías,

Casi siempre nos dejan desenvolvernó solos.

Y nos hace felices que se nos deje solos.

Tratamos de tener nuestras casas en orden;

El comerciante, tímido y prudente, pena por amasar su for-
tunita,

Y el labrador se encorva hacia su parcela de tierra, color de
tierra, su propio color,

Prefiriendo pasar inadvertido.

Hoy temo los disturbios de los meses tranquilos:

El invierno vendrá empujando la muerte desde el mar,

Ruinosa primavera golpeará nuestras puertas,

Los brotes, las raíces nos comerán los ojos, las orejas,

Desastroso verano desecará los lechos de los ríos

Y esperarán los pobres ver caer otro octubre.

¿Por qué nos traería un consuelo el verano

Por los fuegos de otoño y las brumas de invierno?

¿Qué haremos en el ardor del verano

Sino esperar en huertos infecundos un repetido octubre?
Algún mal se nos viene. Nosotros esperamos. Nosotros espe-
ramos,
Y los santos y mártires esperan, por los que serán mártires y
santos.
Como espera el destino en la mano de Dios, que informa
lo que aún no tiene forma:
Yo he visto todo eso en un rayo de sol.
Cómo el destino espera en la mano de Dios. Nunca en la mano
de los gobernantes
Que hacen ya bien, ya mal, proyectando y suponiendo,
En tanto sus designios se vuelven en sus manos en la trama
del tiempo.
Ven dichoso diciembre, ¿quién te guardará, quién te preser-
vará?
¿De nuevo va a nacer en lecho de desprecio El, el hijo del
hombre?
Para nosotros, pobre, no hay acción;
Solamente esperar y atestiguar.

[Entran los Sacerdotes].

PRIMER SACERDOTE

Siete años y el verano pasó.
Siete años desde que el Arzobispo nos dejó.

SEGUNDO SACERDOTE

¿Qué hacen pues el Arzobispo y nuestro Soberano Señor el
Papa
Con el Rey obstinado y con el Rey de Francia
En intrigas incesantes, combinaciones,
En conferencias, entrevistas negadas o aceptadas,
Entrevistas interminadas o interminables
En un lugar u otro de la Francia?

TERCER SACERDOTE

Nada veo que sea del todo concluyente en el arte del gobierno temporal,
 Sino malversación frecuente, duplicidad, violencia.
 Y reine el Rey o reinen los barones
 —El fuerte por la fuerza y el débil por capricho—,
 Sólo una ley conocen: alcanzar el poder y conservarlo,
 Y el hombre decidido puede manipular con la rapacidad y avidez de los otros,
 El débil es devorado por las suyas propias.

PRIMER SACERDOTE

¿No acabará esto
 Hasta que los pobres
 Ante el portal
 Hayan olvidado a su amigo, a su padre en Dios, hayan olvidado
 Que tenían un amigo?

[Entra el Mensajero]

MENSAJERO

Siervos de Dios y guardianes del templo,
 Vine para informaros, sin circunlocuciones:
 El Arzobispo se halla en Inglaterra, cerca de la ciudad, en las afueras.
 He sido enviado delante de prisa
 A daros la noticia de su arribo
 Para que, en la medida de lo que sea posible,
 Os preparéis a recibirlo.

PRIMER SACERDOTE

¿Qué, acabóse el exilio, acaso el Arzobispo
 Se ha reunido al Rey? ¿Puede haber reconciliación
 Entre dos orgullosos?

TERCER SACERDOTE

¿Qué paz puede fundarse
Entre yunque y martillo?

SEGUNDO SACERDOTE

Dinos,
¿Ya las viejas disputas terminaron, se ha abatido entre ellos
El muro del orgullo? ¿Es la paz o la guerra?

PRIMER SACERDOTE

¿Viene

Totalmente seguro, o sólo asegurado
En el poder de Roma, el reino espiritual,
Seguro del derecho y del amor del pueblo?

MENSAJERO

Hacéis bien en mostrarnos algo incrédulos.
Llega orgulloso y dolorido, afirmándose en todos sus derechos,
Asegurada, sin ninguna duda, la devoción del pueblo,
Que lo acoge con muestras de entusiasmo frenético,
Bordeando su camino y arrojando las capas a su paso,
Sembrando su senda de hojas y de flores tardías de la estación.
Las calles de la ciudad estarán atestadas hasta la sofocación.
Pienso que su caballo se verá despojado de la cola,
Y que una sola de sus cerdas se volverá una preciosa reliquia.
Su acuerdo es absoluto con el Papa y con el Rey de Francia,
Quien hubiera querido realmente retenerlo en su reino:
En cuanto a nuestro Rey, ya es asunto distinto.

PRIMER SACERDOTE

Pero insisto; ¿es la paz o la guerra?

MENSAJERO

Es la paz mas no el

beso de la paz.

Un asunto remendado, si queréis mi opinión.

Y si queréis que os diga, pienso que el Arzobispo

No es hombre que se pague de ilusiones,

Ni vaya a rebajar su pretensión más ínfima.

Si queréis mi opinión, yo creo que esta paz

No es un fin, ni un principio.

Es del dominio público que cuando el Arzobispo

Se separó del Rey, le dijo al Rey,

Señor, le dijo, os dejo como a un hombre

A quien no volveré a ver en la vida.

Hay varias opiniones diferentes acerca del sentido de esta
frase,

Mas nadie la tomó como un feliz presagio.

[Sale el Mensajero]

PRIMER SACERDOTE

Temo por el Arzobispo, temo por la Iglesia;

Sé que el orgullo nacido de repentina prosperidad

No fué sino confirmado por la amarga adversidad.

Lo he visto Canciller adulado por el Rey,

Amado por los cortesanos, o temido, según su carácter domi-
nante,

Desdeñado y desdeñando, siempre aislado,

Siempre inseguro, nunca uno de ellos;

Su orgullo alimentado por sus propias virtudes,

Orgullo sustentándose de imparcialidad,

Orgullo sustentándose de generosidad,

Abominando del poder cedido por entrega temporal,

Deseando someterse a Dios sólo.

Hubiera sido el Rey más grande, hubiera sido débil
Y las cosas tal vez hubieran sido distintas para Thomas.

SEGUNDO SACERDOTE

Nuestro Señor ha vuelto, sin embargo. Nuestro Señor ha
vuelto a la suyo de nuevo.

Ha sido muy larga la espera, de diciembre a diciembre funesto.
El Arzobispo irá a nuestra cabeza, disipando el espanto y la
duda.

El nos dirá qué hacer, nos dará órdenes, nos instruirá.
Su acuerdo es absoluto con el Papa y con el Rey de Francia.
Podemos apoyarnos en la roca, podemos sentir que pisamos
seguro

Contra el perpetuo lavado de mareas de equilibrio de fuerzas
de barones y de terratenientes.

La roca del Señor es bajo nuestros pies. Vayamos a encontrar
al Arzobispo con cordiales acciones de gracias:

Nuestro señor, nuestro Arzobispo vuelve. Y cuando el Arzo-
bispo vuelve

Las dudas se disipan. Regocijémonos, entonces.

Digo regocijémonos, demos la bienvenida con rostro alboro-
zado.

Yo soy hombre del Arzobispo. Demos la bienvenida al Arzo-
bispo.

TERCER SACERDOTE

Para bien, para mal, que ruede la rueda.

La rueda ha estado inmóvil en estos siete años y no fué para
bien.

Para mal, para bien, que ruede la rueda.

Pues ¿quién conoce el fin de lo bueno y lo malo?

Hasta que cese el molinero

Y se cierre la puerta de la calle,

Y todas las hijas de la música sean llamadas a silencio.

CORO

Aquí no hay ciudad perdurable, aquí no hay morada perpetua.
Malsano el viento, malsano el tiempo, incierto el provecho,
cierto el peligro.

Oh tarde tarde tarde, ya es tarde, tarde demasiado tarde, y
podrido el año;

Aciago el viento, y amargo el mar, y gris el cielo, gris gris gris.
Oh Thomas, retorna, Arzobispo; retorna, retorna a la Francia.
Retorna. Pronto. En paz. Deja que perezcamos en paz.

Llegas con aplauso, llegas con regocijo, pero llegas trayendo
la muerte a Canterbury:

Maldición sobre la casa, maldición sobre vos mismo, maldición
sobre el mundo.

Desearíamos que no pase nada.
Siete años hemos vivido en paz,
Consiguiendo pasar inadvertidos
Viviendo y en parte viviendo.

Ha habido lujo y opresión,
Ha habido miseria y licencia,
Ha habido injusticias menores.

Pero hemos ido viviendo,
Viviendo y en parte viviendo.

A veces el trigo ha faltado,
A veces la cosecha es buena,
Un año es un año de lluvia,
Otro año es un año de seca,
Un año se excede en manzanas,
Otro año escasean ciruelas.

Pero hemos ido viviendo,
Viviendo y en parte viviendo.

Hemos guardado las fiestas y oído las misas,
Hemos elaborado la cidra y la cerveza,
Hemos almacenado leña para el invierno,
Conversado al amor de la lumbre,

Conversado en la esquina de la calle,
Conversado no siempre en voz baja,
Viviendo y en parte viviendo.
Hemos visto nacer, morir, casarse,
Hemos tenido escándalos diversos,
Hemos sido afligidos con impuestos,
Hemos tenido regocijo y chismes,
Varias muchachas desaparecieron
Inexplicablemente, y algunas no pudieron.
Hemos tenido todos nuestro terror oculto,
Nuestras sombras privadas, nuestro miedo secreto.
Pero ahora un gran miedo nos oprime, un miedo que no es
de uno, que es de todos,
Un miedo como muerte y nacimiento, cuando vemos nacer y
morir solo
En un vacío aparte.
Estamos asustados por un miedo que no podemos conocer,
que no podemos enfrentar, que nadie entiende,
Y nos son arrancados los corazones, mondados los cerebros
como las capas de una cebolla, nosotros mismos es-
tamos perdidos perdidos
En un último miedo que nadie comprende. Oh Thomas
Arzobispo,
Thomas nuestro señor, déjanos y déjanos ser en el humilde
y deslucido marco de nuestra existencia, déjanos; no
nos pidas que soportemos
Maldición sobre la casa, maldición sobre el Arzobispo,
maldición sobre el mundo.
Arzobispo, seguro y asegurado en tu destino, sin miedo entre
las sombras, comprendes lo que pides, lo que eso
significa
Para la gente humilde enredada en la trama del destino, la
gente humilde que vive entre cosas humildes,
El esfuerzo del cerebro de la gente humilde que está con
maldición sobre la casa, maldición sobre el señor,
maldición sobre el mundo?

Oh Thomas, Arzobispo, déjanos, déjanos, deja el tétrico Dover
e iza velas a Francia. Thomas, nuestro Arzobispo aún
nuestro Arzobispo estando en Francia. Oh Thomas
Arzobispo, iza la vela blanca entre el amargo mar y
el cielo gris, y déjanos, y déjanos por Francia.

SEGUNDO SACERDOTE

¡Qué manera de hablar en tales circunstancias!
Sois mujeres impúdicas, necias y charlatanas.
¿No sabéis que es probable que de un momento a otro
Llegue el buen Arzobispo?
La multitud en la calle estará vivando y vivando,
Vosotras proseguís croando cual ranas en los árboles:
Mas las ranas al menos pueden ser cocinadas y comidas.
Sea lo que fuere lo que temáis en vuestra aprensión cobarde,
Os pido por lo menos que pongáis buena cara,
Y que sea cordial la bienvenida que déis a nuestro buen
Arzobispo.

[Entra Thomas]

THOMAS

Paz. Y dejadlas en su exaltación.
Ellas hablan más de lo que saben, y más allá de vuestro en-
tendimiento.
Ellas saben y no saben lo que es actuar o sufrir.
Ellas saben y no saben que acción es sufrimiento
Y sufrimiento acción. Ni el agente sufre
Ni el paciente actúa. Mas ambos están fijos
En una eterna acción, una eterna paciencia
Que todos deben consentir para que sea querida,
Que todos deben sufrir para que puedan quererla,
Para que pueda subsistir la trama, que la trama es la acción
Y el sufrimiento, para que la rueda pueda rodar y no obstante
Estar por siempre detenida.

SEGUNDO SACERDOTE

Monseñor, perdonadme, yo no os ví venir,
Absorto por la cháchara de estas mujeres tontas.
Perdonadnos, Señor, hubiera sido mucho mejor la bienvenida
Si con más tiempo hubiéramos sido preparados.
Pero bien sabe vuestra Señoría que siete años de espera,
Siete años de ayuno, siete años de ruegos,
Prepararon mejor nuestros corazones para vuestra llegada,
De lo que siete días hubieran aprontado a Canterbury.
Empero haré que enciendan fuegos en vuestros aposentos
Para ahuyentar el frío de este diciembre inglés,
Estando ahora Vuestra Señoría acostumbrada a mejor clima.
Vuestra Señoría hallará sus aposentos en orden, como los
dejara.

THOMAS

Y trataré de dejarlos en orden, como los encuentro.
Más que agradecido estoy a vuestras bondadosas atenciones.
Esas son pequeñeces. Hay poca tregua para Canterbury
Teniendo encima ávidos enemigos incansables.
Sediciosos obispos, York, Londres, Salisbury,
Habrían interceptado nuestras cartas,
Cubrieron la costa de espías, enviaron a mi encuentro
Gentes que me guardaban el odio más enconado.
Enterado por gracia de Dios de esos proyectos
Pude enviar mis cartas en un día distinto,
Tuve una buena travesía. Encontré en Sandwich
A Broc, Warenne y al Sheriff de Kent,
Quienes habían jurado tendrían mi cabeza.
Sólo Juan, el Deán de Salisbury,
Cuidadoso del buen nombre del Rey, advirtiendo contra la
traición,
Hizo aquietar sus manos. Así, por el momento
No somos molestados.

PRIMER SACERDOTE

Pero ¿siguen la pista?

THOMAS

Por un momento el halcón hambriento
 Sólo se remontará y se cernerá, menguando sus círculos,
 Buscando excusas, pretextos, oportunidades.
 El fin será simple, repentino, dado por la mano de Dios.
 Mientras tanto la sustancia de nuestro primer acto
 Será sombras, y la lucha con sombras.
 Más penoso el intervalo que la consumación.
 Todas las cosas preparan el acontecimiento. Vigilad.

[Entra el Primer Tentador]

PRIMER TENTADOR

Ya véis, Monseñor, prescindo de toda ceremonia:
 Aquí estoy, olvidando toda acrimonia,
 Esperando que vuestra presente gravedad
 Sabrá encontrar excusas a mi humilde liviandad
 Recordando el buen tiempo pasado.
 ¿Vuestra Señoría no irá a despreciar a un viejo amigo caído
 en desgracia?
 Viejo Tom, alegre Tom, Becket de Londres,
 ¿Vuestra Señoría no irá a olvidar aquel atardecer en el río
 Cuando el Rey y Vos y yo éramos tan amigos?
 La amistad debe ser algo más que lo que el cáustico tiempo
 pueda separar.
 Qué, Monseñor ¿Ahora que recobráis
 El favor del Rey, diremos que el verano ha terminado
 O que el buen tiempo no puede perdurar?
 ¡Flautas en los prados, violas en las salas,
 Risas y flores de manzano flotando en el agua,

Cantando a la caída de la noche, susurrando en alcobas,
Hogueras devorando la estación invernal,
Hartándose de sombras, de ingenio, de vino, de sapiencia!
Ahora que vos y el Rey reanudáis la amistad,
Legos y clérigos pueden recobrar su jovialidad,
No necesitan ir con paso cuidadoso la diversión y la hilaridad.

THOMAS

Vos habláis de estaciones ya pasadas. Recuerdo
Que ni aun merecían el olvido.

PRIMER TENTADOR

Y de la estación nueva.
La primavera ha venido en el invierno. La nieve en las ramas
Flota tan dulce como aquellas flores. En el hielo, a lo largo
de los fosos
Espejea la luz. El amor en los huertos
Hace brotar la savia. El gozo rivaliza con la melancolía.

THOMAS

No conocemos mucho del futuro
Excepto que, de generación en generación
Lo mismo vuelve a pasar y a pasar,
El hombre aprende poco de la experiencia ajena.
Pero en la vida de un hombre,
Nunca retorna el mismo tiempo.
Cortad la cuerda, mudad la escama.
Sólo el loco, fijado en su locura, es capaz de creer
Que puede dar vuelta a la rueda en que rueda.

PRIMER TENTADOR

Monseñor, a buen entendedor...
Un hombre amará a menudo lo que desprecia.
Por el buen tiempo pasado, que otra vez ha vuelto
Soy vuestro hombre.

THOMAS

No en este tren.

Cuidad vuestra conducta. Sería más provechoso que pensarais
en la penitencia
Y siguierais a vuestro señor.

PRIMER TENTADOR

¡No a este paso!

Si corréis tanto, otros pueden correr más rápido.

¡Vuestra Señoría es demasiado soberbia!

El animal más seguro no es el que ruge más recio.

¡No eran estos los modos del Rey nuestro Señor!

Antes no acostumbrabas a ser tan estricto

Con los pecadores, cuando eran tus amigos. ¡Cálmate hombre!

El hombre dócil llega a comer los festines mejores.

Déjate estar. Escucha este consejo amistoso.

O arriesgarás ver tu pollo asado y comido por otros.

THOMAS

Vienes con veinte años de retraso.

PRIMER TENTADOR

Os dejo entonces a vuestro destino.

Os dejo a los placeres de esos más altos vicios,

Que serán pagados a más altos precios.

Adiós, Monseñor, prescindo de toda ceremonia,

Me voy como vine, olvidando toda acrimonia,

Esperando que vuestra presente gravedad

Sabrán encontrar excusas a mi humilde liviandad.

Si queréis recordarme, Monseñor, en vuestras oraciones,

Yo os recordaré a la hora de los besos en los rincones.

THOMAS

Déjate estar, la fantasía de primavera,
Así un pensamiento va silbando en el viento.
Lo imposible es aun tentación.
Lo imposible, lo indeseable,
Las voces en el sueño, resucitando un mundo muerto,
Para que el ánimo no pueda estar entero en el presente.

[Entra el Segundo Tentador]

SEGUNDO TENTADOR

Vuestra Señoría tal vez me ha olvidado. Le recordaré.
Nos vimos en Clarendon, Northampton,
La última vez en Montmirail, en Maine.
Pero ahora que ya los he evocado,
Pongamos todos estos recuerdos no muy gratos
En balanza con otros, de más peso,
Anteriores: de la Cancillería.
¡Mirad cómo los últimos ascienden!
Vos, el jefe político que aceptábamos todos,
Debiérais conducir el estado de nuevo.

THOMAS

¿Queréis decir?

SEGUNDO TENTADOR

Que la cancillería a que vos renunciásteis
Cuándo fuísteis nombrado Arzobispo —que fué un error
De vuestra parte— aun puede ser recuperada. Pensad, Mon-
señor,
El poder obtenido crece hasta la gloria,
Vida perdurable, un bien permanente.

Monumento de mármol, tumba consagrada. Reinan sobre los
hombres
No se debe estimar como una tontería.

THOMAS

¿Para el hombre de Dios ¿qué alegría?

SEGUNDO TENTADOR

Melancolía

Unicamente para aquellos que sólo dan su amor a Dios.
¿Debe aquel que detenta la sólida sustancia
Vagar en la vigilia con falaces espectros?
El poder es presente. La Santidad futura.

THOMAS

¿Quién, entonces?

SEGUNDO TENTADOR

El Canciller. El Rey y el Canciller.
El rey domina. El canciller magníficamente gobierna.
Esta es una máxima que no se enseña en las escuelas.
Humillar al grande, proteger al pobre,
Bajo el trono de Dios, ¿puede hacer más el hombre?
Desarmar al rufián, fortalecer las leyes,
Gobernar por el triunfo de la mejor causa
Dispensar de igual modo justicia para todos,
Es medrar en la tierra y tal vez en el cielo.

THOMAS

¿Qué significa?

SEGUNDO TENTADOR

El poder verdadero
Es adquirido al precio de cierta sumisión.
El vuestro, espiritual, es terrena perdición.
El poder es presente, para aquel que lo quiera empuñar.

THOMAS

¿Quién lo tendrá?

SEGUNDO TENTADOR

El que venga.

THOMAS

¿Cuál será el mes?

SEGUNDO TENTADOR

El último a partir del primero.

THOMAS

¿Qué habremos de dar por él?

SEGUNDO TENTADOR

Las pretensiones de poder sacerdotal.

THOMAS

¿Por qué lo daríamos?

SEGUNDO TENTADOR

Por el poder y la gloria.

THOMAS

¡No!

SEGUNDO TENTADOR

¡Sí! O el coraje será doblegado,
Confinado en Canterbury, soberano sin reino,
Servidor voluntario de un impotente Papa,
Viejo ciervo, cercado de sabuesos.

THOMAS

¡No!

SEGUNDO TENTADOR

¡Sí! Los hombres deben maniobrar. Los monarcas tam-
bién,
Guerreando fuera necesitan seguros amigos en casa.
La política privada rinde provecho público;
Aun la dignidad debe ser ataviada con decoro.

THOMAS

Olvidáis a los obispos
A los cuales yo había excomulgado.

SEGUNDO TENTADOR

El odio hambriento
No se opondrá a su propio interés bien comprendido.

THOMAS

Olvidáis a los barones, quienes no olvidarán
La restricción constante de sus mezquinos privilegios.

SEGUNDO TENTADOR

Contra los barones está la causa del Rey,
La causa de los rústicos, la causa del Canciller.

THOMAS

¡No! ¿Iría a descender yo, que guardo las llaves
Del cielo y del infierno, el único supremo en Inglaterra,
Que ata y desata, con poder del Papa,
A codiciar un poder más mezquino?
Delegado para distribuir las sentencias de condenación,
Para condenar reyes, no para servir entre sus siervos,
Es mi oficio evidente. ¡No!

SEGUNDO TENTADOR

Os dejo, entonces, a vuestro destino.
Vuestro pecado se cierne hacia el sol, cubriendo los halcones
del Rey.

THOMAS

Poder temporal, para levantar un buen mundo,
Guardar el orden, tal como el mundo conoce el orden.
Los que ponen su fe en el orden mundano
Que no está gobernado por el orden de Dios,
En confiada ignorancia, sólo detienen el desorden,
Lo aseguran, engendran fatal enfermedad,
Degradan lo que exaltan. El poder con el Rey—
Yo *era* el Rey, su brazo, su mejor razón.
Pero lo que fué una vez exaltación
No sería ahora más que indigna caída.

[Entra el Tercer Tentador]

TERCER TENTADOR

Soy un visitante inesperado.

THOMAS

Os esperaba.

TERCER TENTADOR

Pero no de esta guisa, ni para mi propósito presente.

THOMAS

Ningún propósito trae sorpresa.

TERCER TENTADOR

Bien, Monseñor,

No soy un frívolo, y tampoco un político.
Para holgar o intrigar en la corte
No tengo destreza. No soy cortesano.
Conozco de caballos, de perros, de criados,
Sé como mantener mis haciendas en orden,
Un señor de provincias que se ocupa de sus propios asuntos.
Somos' nosotros, señores provincianos, quienes conocen el país
Y quienes conocen lo que el país necesita.
Es nuestro país. Velamos por el país.
Somos la espina dorsal de la nación.
Nosotros, no los parásitos conspiradores
Que rodean al Rey. Excusad mi aspereza.
Soy un inglés tosco y derecho.

THOMAS

Continuad derechamente.

TERCER TENTADOR

El propósito es simple.

La duración de la amistad depende de las circunstancias
Más bien que de nosotros mismos. Pero las circunstancias
No carecen de determinación. La amistad ilusoria

Puede volverse real, más la amistad real
Una vez terminada, no puede remendarse.
Antes la enemistad se inclinará a la alianza.
La enemistad que nunca conoció la amistad
Puede más fácilmente conocer el acuerdo.

THOMAS

Para ser campesino
Envolvéis vuestras intenciones en generalidades tan oscuras
Como las de cualquier cortesano.

TERCER TENTADOR

El hecho es, sencillamente, este!
No tenéis esperanzas de reconciliación
Con el Rey Enrique. Solamente buscáis
La obstinación ciega en el aislamiento.
Es un error.

THOMAS

¡Oh Enrique, oh mi Rey!

TERCER TENTADOR

Otros amigos
Se pueden encontrar en la presente situación.
El Rey en Inglaterra no es todopoderoso;
El Rey se encuentra en Francia, querellando en Anjou;
Rodeado de hijos hambrientos a la espera.
Nosotros estamos por Inglaterra. Nosotros estamos en In-
glaterra.
Vos y yo, Monseñor, somos Normandos.
Inglaterra es una tierra para soberanía
Normanda. Dejad al Angevino
Destrozarse a sí mismo, guerreando en Anjou.

El no nos comprende a nosotros, los barones ingleses.
Nosotros somos el pueblo.

THOMAS

¿A qué conduce esto?

TERCER TENTADOR

A una feliz coalición
De intereses inteligentes.

THOMAS.

¿Pero qué sacáis—
Si habláis por los barones?

TERCER TENTADOR

Por un partido poderoso
Que ha vuelto los ojos en vuestra dirección—
Os preguntáis que provecho sacamos de vuestra Señoría.
A nosotros el favor de la Iglesia nos daría una ventaja,
La bendición del Papa, protección poderosa
En la lucha por la libertad. Vos, Monseñor,
Estando con nosotros, daríais un buen golpe
A la vez para Roma e Inglaterra.
Dando fin al mandato tiránico
De la corte del Rey sobre la corte del obispo,
De la corte del Rey sobre la corte del barón.

THOMAS

Que yo contribuí a fundar.

TERCER TENTADOR

Que contribuisteis a fundar.
Pero tiempo pasado es tiempo olvidado.
Esperamos el orto de una constelación nueva.

THOMAS

Y si el Arzobispo no puede confiar en el Rey
¿Cómo puede confiar en aquellos que preparan la pérdida del
Rey?

TERCER TENTADOR

Los reyes no consentirán otro poder que el propio;
La iglesia y el pueblo tienen una sólida causa contra el trono.

THOMAS

Si el Arzobispo no puede confiar en el trono
Tiene sólidas causas para no confiar más que en Dios.
Yo goberné una vez, cuando fui Canciller
Y hombres como vos tenían mucho gusto de esperar a mi
puerta.

No sólo en la corte, en el campo también
Y en la liza hice flaquear a muchos.
¿Debo tomar ahora yo que goberné como
Un águila que reina entre palomas
La figura de un lobo entre los lobos?
Seguid como hasta ahora con vuestras felonías.
Nadie podrá decir que he traicionado a un Rey.

TERCER TENTADOR

Entonces, Monseñor, no esperaré a la puerta.
Y supongo que antes de otra primavera
El Rey os mostrará agradecimiento por vuestra lealtad.

THOMAS

Hacer, después destruir, este pensamiento me ha visitado antes,
Ejercicio desesperado de un poder menguante.
Sansón en Gaza no hizo más.
Más si destruyo, sólo debo destruirme a mí mismo.

[Entra el Cuarto Tentador]

CUARTO TENTADOR

Bien hecho, Thomas, tu voluntad es dura de torcer.
Y estando yo a tu lado no te faltará un amigo.

THOMAS

¿Quién soís? Yo esperaba
Tres visitantes y no cuatro.

CUARTO TENTADOR

No te sorprenda recibir uno más
Si hubiera sido esperado, hubiera estado aquí antes.
Siempre precedo a la expectación.

THOMAS

¿Quién sois?

CUARTO TENTADOR

Como no me conoces, no necesito nombre,
Y, como me conoces, he aquí por qué he venido.
Me conoces, más nunca habías visto mi rostro.
Antes no hubo nunca tiempo o lugar propicio.

THOMAS

Decid lo que tengáis que decir.

CUARTO TENTADOR

Al final será dicho.
El anzuelo ha sido cebado con manjares antiguos.
Lascivia es debilidad. Así, en cuanto al Rey,

Su odio empedernido no habrá de terminar.
Sabes perfectamente que el Rey no confiará
Dos veces en el hombre que ha sido su amigo.
Préstate con cuidado, emplea
Tus servicios durante tanto tiempo como puedas prestarlos.
Tú esperarías que la trampa se cerrase
Habiendo cumplido tu turno, deshecho y quebrantado.
En cuanto a los barones, la envidia de hombres inferiores
Es aun más irreductible que la ira del Rey.
Los reyes tienen intereses públicos, los barones provecho
privado,
Celos furiosos, dominios del demonio.
Los barones pueden ser empleados unos contra otros;
Mayores enemigos deben destruir los reyes.

THOMAS

¿Cuál es vuestro consejo?

CUARTO TENTADOR

Ir derecho hacia el fin.
Todos los otros caminos están cerrados para ti
Salvo el camino ya elegido.
Pero ¿qué es el placer, el gobierno real,
O gobernar a los hombres bajo un rey,
Con intrigas en los rincones, furtivas estratagemas,
Frente al ejercicio absoluto del poder espiritual?
El hombre oprimido por el pecado, desde que Adán cayó—
Tú retienes las llaves del cielo y del infierno.
El poder de atar y desatar: ata, Thomas, ata,
El rey y el obispo bajo tu talón.
Rey, emperador, barón, obispo, rey:
Dominio incierto de dispersos ejércitos,
Guerra, peste y revolución,
Nuevas conspiraciones, pactos quebrantados;
Ser dueño o sirviente en el lapso de una hora,

Esa es la carrera del poder temporal.
El viejo Rey sabrá esto con el último suspiro.
Sin hijos sin imperio, muerde con dientes rotos.
Tú tienes la madeja: devana, Thomas, devana
El hilo de la vida y de la muerte eternas.
Tienes ese poder, reténlo.

THOMAS

¿Supremo, en esta tierra?

CUARTO TENTADOR

Supremo, excepto uno.

THOMAS

No entiendo.

CUARTO TENTADOR

No me corresponde decirte como puede ser.
Yo sólo estoy aquí, Thomas, para decirte lo que tú ya sabes.

THOMAS

¿Cuánto durará ésto?

CUARTO TENTADOR

Salvo lo que ya sabes, no me preguntes nada.
Pero piensa, Thomas, piensa en la gloria después de la muerte.
Cuando el rey muere, hay otro rey,
Y un rey más es otro reino.
El Rey es olvidado, cuando otro rey adviene:
Los Santos y los Mártires reinan desde la tumba.
Piensa, Thomas, piensa en los enemigos consternados,
Arrastrándose en la penitencia, temerosos de una sombra;
Piensa en las filas de peregrinos, parados

Ante el sepulcro reluciente y enjoyado,
De generación en generación,
Doblando la rodilla en la oración,
Piensa en los milagros, por la gracia del cielo,
Y piensa en tus enemigos, en un lugar ajeno.

THOMAS

He pensado ya en todo esto.

CUARTO TENTADOR

Por eso te lo digo.

Para forzarte tienen más poder que los reyes tus pensamientos.
Tú también has pensado, unas veces orando,
Otras en los descansos de las escaleras, vacilando,
Y entre sueño y vigilia, cuando comienza el alba,
Cuando el pájaro grita, has pensado en renunciaciones más
altas.

Que nada dura, pero que rueda la rueda,
El nido es saqueado, y el pájaro se lamenta;
Que el altar será robado, y dilapidado el oro,
Y mujeres livianas llevarán las alhajas como adorno,
Destrozado el santuario, y su tesoro arrebatado
En la falda de putas y parásitos.

Cuando cesen los milagros, y los fieles comiencen a desertarte,
Y los hombres hagan cuanto puedan por olvidarte.
Y peor es más tarde, cuando ni se llegue a odiarte
Lo bastante como para difamarte o execrarte,
Sino que sopesando las cualidades que te faltaron
Tratarán solamente de encontrar el hecho histórico
Cuando hombres declaren que no había misterio
En este hombre que tuvo cierto papel en la historia.

THOMAS

Pero ¿qué hay que hacer? ¿Qué queda por hacer?
¿No hay durable corona por ganar?

CUARTO TENTADOR

Sí, Thomas, sí; tú has pensado en esto también.
¿Qué puede compararse a la gloria de los Santos
Morando eternamente en presencia de Dios?
¿Qué gloria terrenal de Rey o emperador,
Qué terrenal orgullo que no sea pobreza
Comparado con la riqueza del esplendor celeste?
Busca el camino del martirio, hasta el más ínfimo en la tierra,
Para ser ensalzado en el cielo.
Y mira lejos, por debajo tuyo, donde el abismo queda fijo,
A tus perseguidores, en tormentos sin tiempo,
Consumida pasión, sin expiación posible.

THOMAS

¡No!
¿Quién eres tú, que me tientas con mis propios deseos?
Han venido ya otros, tentadores temporales,
Con placer y poder, de precios evidentes.
¿Qué ofreces tú? ¿Qué pides?

CUARTO TENTADOR

Ofrezco lo que tú deseas. Pido
Lo que tú puedes dar. ¿Es demasiado
Por tal visión de la grandeza eterna?

THOMAS

Los otros ofrecían mercaderías reales,
Sin valor, pero reales. Tú solamente
Ofreces sueños de condenación.

CUARTO TENTADOR

Tú los has soñado a menudo.

THOMAS

¿No hay un camino, en el mal de mi alma
Que no conduzca a la condenación por orgullo?
Yo sé muy bien que estas tentaciones
Significan vanidades presentes y tormento futuro.
¿El pecado de orgullo no puede ser arrojado
Sino por más pecado? ¿No puedo actuar o sufrir
Sin perdición?

CUARTO TENTADOR

Tú sabes y no sabes lo que es actuar o sufrir.
Tú sabes y no sabes que acción es sufrimiento
Y sufrimiento acción. Ni el agente sufre
Ni el paciente actúa. Más ambos están fijos
En una eterna acción, una eterna paciencia
Que todos deben consentir para que sea querida
Que todos deben sufrir para que puedan quererla
Para que pueda subsistir la trama, para que la rueda pueda
rodar
Y no obstante
Estar por siempre detenida.

CORO

No hay descanso en la casa. No hay descanso en la calle.
Oigo pasos inquietos. Y el aire es pesado y denso.
Denso y pesado el cielo. Y la tierra empuja bajo nuestros pies.
¿Qué es este olor asqueante, este vapor, esa oscura luz verde
Desde una nube a un árbol seco? La tierra está ja-
deando en el alumbramiento de una infernal genera-
ción. ¿Qué es este relente pegajoso que se forma en
el dorso de mi mano?

LOS CUATRO TENTADORES

La existencia del hombre es impostura y desengaño;
 Todo es irreal,
 Irreal o engañoso:
 Los fuegos de artificio, el gato de los títeres,
 Los premios otorgados en la fiesta infantil,
 El premio concedido al Ensayo Inglés,
 El diploma del sabio, la condecoración del estadista.
 Todo se vuelve menos real, el hombre pasa
 De irrealidad en irrealidad.
 Este hombre es obstinado, ciego, atento
 A su propia destrucción,
 Pasa de decepción en decepción,
 De esplendor en esplendor hacia la última ilusión,
 Perdido en el asombro de su propia grandeza.
 El enemigo de la sociedad, su propio enemigo.

LOS TRES SACERDOTES

Oh Thomas, Monseñor, no luches contra la huraña marea,
 No te hagas a la vela en el viento irresistible; ¿en la tormenta
 No debemos esperar que el mar se apacigüe, en la noche
 Aguardar la llegada del día, cuando el viajero puede encontrar su camino,
 El marinero trazar su ruta por el sol?

CORO, SACERDOTES Y TENTADORES (*alternativamente*)

- C. ¿Es el buho que llama o una señal entre los árboles?
 S. ¿La barra de la ventana está segura, la puerta está cerrada con llave y con cerrojo?
 T. ¿Es la lluvia que pega en la ventana, es el viento que tantea la puerta?
 C. ¿La antorcha arde en la sala, la candela en la alcoba?
 S. ¿El centinela ronda la muralla?

- T. ¿El mastín acecha a la puerta?
- C. La muerte tiene mil manos y anda por mil caminos.
- S. Puede venir a la vista de todos, puede pasar sin ser vista ni oída.
- T. Entrar susurrando por el oído o un repentino golpe en el cráneo.
- C. Un hombre puede andar con una lámpara en la noche y no obstante anegarse en un foso.
- S. Un hombre puede subir las escaleras de día y tropezar en un escalón roto.
- T. Un hombre puede sentarse a comer y sentir el frío en la ingle.

CORO

No hemos sido felices, Monseñor, no hemos sido demasiado felices.

No somos mujeres ignorantes, sabemos qué se debe esperar o no esperar.

Sabemos de opresión y tortura,

Sabemos de extorsión y violencia,

De enfermedad y desamparo,

El viejo sin fuego en invierno,

El niño sin leche en verano,

Despojados del fruto de nuestro trabajo,

Acrecentado el peso de nuestros pecados.

Hemos visto al joven mutilado,

La niña desgarrada temblando junto a la corriente del molino.

Y entretanto hemos ido viviendo,

Viviendo y en parte viviendo,

Reuniendo las piezas dispersas,

Recogiendo los haces al crepúsculo,

Construyendo un refugio provisorio,

Para dormir y comer y beber y reír.

Dios nos ha dado siempre alguna razón, alguna esperanza, pero ahora nos ha manchado un nuevo terror que nadie

puede eludir, que nadie puede conjurar, que fluye
bajo nuestros pies y sobre el cielo;
Bajo puertas y chimeneas abajo, derramándose en los ojos,
la boca, y el oído.
Dios nos abandona, Dios nos abandona, más agonía, más dolor
que nacimiento o muerte.
Dulce y empalagoso a través del aire oscuro
Cae ahogado el perfume de la desesperanza;
Las formas toman cuerpo en el aire oscuro;
Ronroneo felino del leopardo, pisada del oso mullido,
Palma acariciadora del oscilante mono, hiena angulosa que
espera
Para reírse, reírse, reírse, Los Señores del infierno están acá.
Ellos te envuelven, yacen a tus pies, se mecen y aletean en
el aire oscuro.
Oh, Thomas, Arzobispo, sálvanos, sálvanos, sálvate a ti mismo
para que podamos ser salvados;
Destruyete y seremos destruidos.

THOMAS

Ahora mi camino está claro, el sentido es evidente, ahora:
La tentación no volverá otra vez bajo la misma forma.
La última tentación es la mayor traición:
Hacer el acto bueno por la mala razón.
El vigor natural en pecado venial
Así fué nuestra vida al comenzar.
Hace unos treinta años yo tenté todos los caminos
Que llevan al placer, al renombre, al progreso.
Delicias del saber, del pensar, de los sentidos,
Curiosidad, música y filosofía,
El purpúreo pinzón entre las lilas,
La estrategia del ajedrez y la destreza en el torneo,
Los amores en el jardín y la canción con acompañamiento,
Todo era deseable en la misma medida. La ambición llega
Cuando se ha consumido la fuerza primera
Cuando ya no creemos que todo sea posible.

La ambición llega por detrás e invisible.
El pecado se acrece en tanto se hace el bien.
Cuando impuse la ley del Rey en Inglaterra
E hice la guerra contra Tolosa junto a él,
Yo batí a los barones con su propio juego,
Y pude desdeñar a quienes me miraban con desprecio,
A la rancia nobleza, cuyos modos hacían juego con sus uñas.
Nunca, mientras comía del plato del Rey, me ateneó
El deseo de convertirme en servidor de Dios.
El servidor de Dios tiene ocasión de caer
En pecados y penas mayores que el servidor de un Rey.
Porque aquellos que sirven la causa más alta
Pueden hacer que la causa los sirva,
Aun haciendo bien: y contender
Con políticos, puede volver política la causa,
No por lo que ellos hagan, sino por lo que son. Yo sé
Que lo que queda por mostraros de mi historia parecerá
A la mayor parte de vosotros, y en el mejor de los casos,
futilidad.

La autodestrucción sin sentido de un lunático,
La arrogante pasión de un fanático.
Sé que la historia siempre saca
Las más extrañas consecuencias de las más remotas causas.
Pero por cada injuria, por cada sacrilegio,
Crimen, opresión, culpa, por el filo del hacha,
Y por la explotación, y por la indiferencia, tú y tú,
Y tú, todos debéis ser castigados. También tú.
No actuaré o sufriré por más tiempo, hacia el fin de la espada.
Ahora mi Angel bueno a quien Dios destinara
Para ser mi guardián, vuela sobre la punta de las espadas.

Esta traducción ha sido preparada para el Teatro del Pueblo de Montevideo por I. Vilaríño y E. Rodríguez Monegal. Se ha utilizado la edición inglesa publicada en 1948 por Faber and Faber, London.



SUMARIO

PRÓLOGO

—

Alfonso Reyes
PRESENTACIÓN DE GRECIA

—

José Ferrater Mora
PARA LA HISTORIA DE LA
FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA:
LA FILOSOFÍA DE LACHELIER
Y EL NUEVO ESPIRITUALISMO

—

Sarandy Cabrera
TRES POEMAS

—

Emir Rodríguez Monegal
LA CRÍTICA LITERARIA EN EL SIGLO XX:
EL EJEMPLO DE PEDRO SALINAS

—

T. S. Eliot
CRIMEN EN LA CATEDRAL (1ª parte)

\$ 1.—
mon. urug.